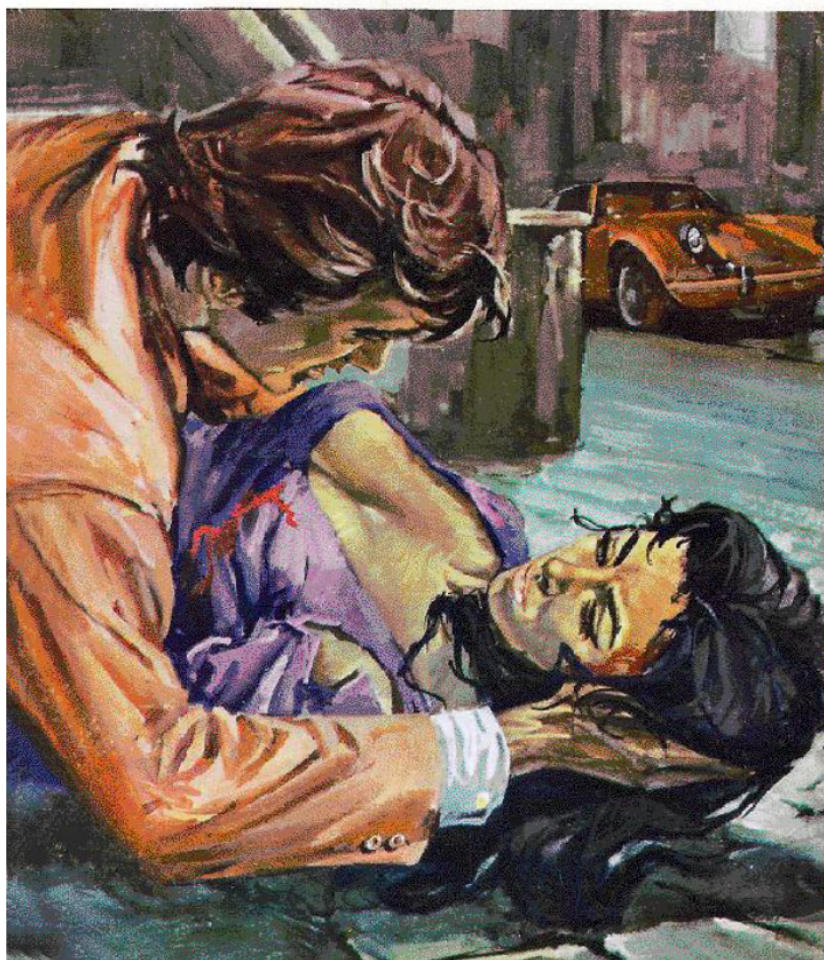


clave para matar

CLARK CARRADOS



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

CLAVE PARA MATAR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 735
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 12.553 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1976

© Clark Carrados, 1976
texto

© Miguel García, 1976
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.481 — La venda en los ojos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.344 — Matanza en la ciudad del vicio.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

717 — Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

726 — La muerte descansa.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre había pasado largas horas estudiando los menores movimientos de la mujer. Ésta era joven, hermosa, de larga cabellera rubia y bien formado cuerpo.

La indumentaria de la mujer era bastante atrevida, lo cual se debía, en buena parte, al hecho de hallarse en el interior de su casa, aunque no a salvo de miradas indiscretas. Situado entre las frondas del parque inmediato, el hombre había vigilado, con todo detenimiento, a la ocupante de aquel apartamento, situado en la tercera planta de un lujoso edificio.

Mucho más tarde, al fin, el hombre abandonó su observatorio y caminó por la calle con aire distraído, como si se tratase de un vulgar paseante. Luego, entró en el edificio.

El conserje nocturno acababa de ocupar su puesto. Sus ojos se fijaron inquisitivamente en el recién llegado.

—¿Señor...?

—Voy a casa de la señora Bruder. Me está esperando.

—Está bien, señor. La avisaré...

La mano del hombre se alzó.

—No es necesario; yo acabo de hablar ahora con ella por teléfono. Repito que me espera.

—Como guste, señor.

Los ojos del conserje volvieron a estudiar al hombre, mientras se dirigía al ascensor. Un tipo joven, de unos treinta y cinco años... Iba a visitar a la viuda del 9 F, se dijo, Mathilda Bruder, cuarenta y dos años, atractiva, voluble, casquivana... No era el primero, ni tampoco sería el último.

En realidad, el hombre se quedó en la tercera planta. Momentos después, llamaba discretamente a la puerta del apartamento 3 C.

La puerta se entreabrió momentos después. Unos ojos recelosos contemplaron al individuo.

—¿Qué quiere? —preguntó la mujer.

—¿Señorita Willoughby?

—Sí, pero a estas horas no recibo a nadie...

De pronto, un chorro de gas dio de lleno en la cara de la joven. El gas parecía salir de la manga del traje de su visitante. Hope Willoughby se tambaleó.

Abrió la boca para gritar. Más chorros de gas fueron a parar a su garganta y a sus fosas nasales. Notándose atacada por una invencible debilidad, se apoyó en la pared, al lado de la jamba de la puerta.

Había una cadena de seguridad. En la puerta quedaba una abertura de unos diez centímetros, suficiente para que el hombre metiera el brazo y arrancase de un tirón el medallón que pendía de su cuello, mediante una sencilla cadenita.

Hope Willoughby estaba todavía en pie, apoyada con la frente y las manos en el panel de pared contiguo a la puerta. El visitante lanzó más gas todavía a la cara de la joven. Luego, con la mano, empujó, y ella se desplomó al suelo de la estancia.

Durante todo el tiempo, el visitante había tenido puestos unos guantes muy finos. Asió el pomo de la puerta, tiró y cerró silenciosamente.

El hombre inició el descenso, sin prisas. Ahora, los guantes estaban en el bolsillo posterior de los pantalones. Al llegar al rellano inmediatamente anterior al vestíbulo, observó que el conserje había entrado en su cuartito. La noche era más bien fresca.

Era una circunstancia favorable. Momentos después, un automóvil, estacionado a un par de manzanas del edificio, arrancaba a toda velocidad.

Kiddy Logan se sentía muy satisfecho. El trabajo había sido fácil. Unas cuantas horas de vigilancia habían confirmado los datos que ya había recibido sobre la vida y milagros de Hope Willoughby. Se preguntó quién podría tener tanto interés en un medallón de vulgar plata, de muy baja ley, con unas extrañas inscripciones. De todos modos, le era igual; ya había cobrado mil dólares por la tarea, y ahora le darían otros mil.

Y ni siquiera había tenido que matar a la chica. Ella dormiría doce o quince horas, todo lo máximo. Claro que si le hubieran contratado para matar, la tarifa habría sido mucho más alta.

Al poco rato, había abandonado la población. Pasó por delante de un motel y vio las brillantes luces de la cafetería y la estación de servicio. Siguió adelante; el coche estaba bien provisto de gasolina.

Cinco kilómetros más adelante, abandonó la carretera asfaltada y se metió por un camino de tierra, en buen estado, sin embargo, que serpenteaba por las laderas de las colinas. De pronto, oyó un fuerte estampido.

El coche se bamboleó. Otra detonación sonó casi en el acto. El conductor comprendió que ya no se trataba de un pinchazo accidental.

Paró el automóvil y apagó las luces, a la vez que sacaba una pistola. Saltó del coche, y en el mismo instante, delante de él, brillaron los fogonazos de una pistola ametralladora.

Durante unos segundos, creyó que se le hincaban en el pecho una docena de clavos al rojo vivo. Luego, una bala hizo saltar su frente en pedazos y rodó por tierra, sin haber tenido tiempo de usar su revólver.

Dos hombres salieron de la espesura y corrieron hacia el caído. Uno de ellos se inclinó y le registró afanosamente. A los pocos momentos, enseñó en la mano el medallón de plata de baja ley.

—Aquí está —dijo.

—Bien, vámonos —contestó el otro.

Los dos hombres echaron a correr, sin conceder al muerto una sola mirada. Su coche estaba escondido cincuenta metros más abajo, fuera de la zona sembrada de tachuelas.

Minutos después, abandonaban el camino y entraban en la carretera. Sin prisas, rodaron hacia la ciudad, cuyas luces resplandecían a lo lejos, en el horizonte.

Alec Dowe se sentía terriblemente disgustado. Hacía apenas unos meses que había ascendido a teniente, y, de pronto, se había visto puesto de patitas en la calle, por un supuesto soborno.

La realidad era que el jefe de Dowe había ideado un plan para ver de atrapar a una cuadrilla de contrabandistas de drogas, que estaban envenenando a la juventud de la ciudad. Dowe sabía que la idea no era demasiado buena, que nadie, con dos dedos de frente, se tragaría el cuento, pero el jefe había insistido demasiado y él se había visto obligado a aceptar.

Naturalmente, un oficial expulsado de la policía, ¿qué otra cosa

podía hacer que montar una oficina de investigaciones privadas?

Mientras leía el periódico, con una taza de café en la otra mano, se preguntó si la muerte de Kiddy Logan, acribillado a balazos en un camino secundario, a veinte y tantos kilómetros de Dalymore, tendría algo que ver con el asunto de las drogas.

Un poco más abajo, había otra noticia que no atrajo su interés, sino muy de refilón. Una tal Hope Willoughby había sido encontrada muerta en su apartamento, a consecuencia de un ataque cardíaco.

Pero aquello no tenía importancia. Sucedió a diario, o poco menos.

Kiddy Logan le preocupaba más. Hampón, fullero, mensajero de piratas del asfalto y hasta asesino a sueldo, si se presentaba la ocasión. Y le habían metido nada menos que diez tiros.

Uno de los bolsillos de su traje aparecía con el forro del revés, fuera de la prenda. Evidentemente, allí había habido algo que su asesino se llevó consigo.

¿Un paquetito con droga?

De pronto, sonó el teléfono.

—Agencia Dowe —dijo, después de levantar el auricular.

—Oiga, ¿buscan ustedes paraguas? —Sonó una voz al otro lado del hilo.

—Si la cosa merece la pena, sí —respondió Dowe—. ¿Qué hay, jefe?

Era una contraseña un tanto rebuscada. Dowe se dijo que su jefe leía demasiadas novelas de espías.

—¿Ha leído la noticia de la muerte de Logan?

—Sí, señor.

—¿Qué opina usted?

—Nada, señor.

—Hombre, Alec...

—Acabo de levantarme como quien dice, señor.

—¡A las diez de la mañana! —bufó el jefe.

—Un detective privado, sobre todo si no tiene clientes, puede trasnochar y levantarse a la hora que le dé la gana. ¿O no?

—Está bien, está bien. Alec, investigue el asunto Logan.

—¿Qué me dice usted al respecto?

—Tiene el estilo de Buck el Matador. Le gusta oír el repiqueteo

de la ametralladora. Es un tic que le quedó cuando trabajaba en obras públicas y manejaba una perforadora neumática.

—Conque el Matador, ¿eh?

—Sí, pero hemos averiguado que también otro tipo estuvo con él. Posiblemente, en la taberna de Ma Ehlson podrá recoger más detalles. Suerte.

Dowe se quedó mirando al teléfono como si fuese un bicho raro. Al cabo de unos momentos, lo dejó en la horquilla.

La taberna de Ma Ehlson estaba cerrada todavía. Puso los pies sobre la mesa, se retrepó en el sillón, se tapó la cara con el periódico y empezó a dormir.

Perdió la noción del tiempo. De pronto, oyó una voz femenina, con notables tonos sarcásticos:

—Vaya modo de ganarse la vida. Me parece que he perdido el tiempo.

Dowe se quitó el periódico de la cara y puso los pies en el suelo. Parpadeó al ver a la joven que tenía frente a sí.

—¿Cómo ha entrado? —preguntó.

—Por la puerta. Me harté de llamar, no contestaba nadie y se me ocurrió probar. Pero sigo creyendo que me he equivocado.

Dowe contempló a la visitante, una hermosa joven de unos veinticuatro años, de abundante cabellera castaña y figura escultural. Parecía una chica inteligente, pese a su belleza. Dowe era algo anticuado y sostenía la teoría de que las mujeres demasiado guapas eran tontas.

Aquella joven parecía muy lista. Y como era hermosa, el atractivo resultaba todavía mayor.

—Depende de lo que busque, señorita...

—Mitchell, Fedora Mitchell —se presentó ella—. Usted es Alec Dowe, si la placa que hay en la puerta no miente.

Dowe se puso una mano en el corazón.

—No miente, puedo jurárselo. Soy investigador privado —respondió—. Pero en estos momentos tengo un caso muy urgente entre manos.

Fedora sonrió irónicamente.

—Oiga, no irá a decirme que tenía el periódico sobre la cara para meditar más profundamente, ¿verdad? Los ronquidos hacían vibrar las cristaleras de esta casa.

—Vamos, vamos, no sea exagerada. Anoche tuve una pelea con dos maleantes y luego estuve siguiendo a una banda compuesta por siete feroces pistoleros. Maté a cinco y los otros dos están en el hospital. Ha sido una noche muy agitada, créame.

—¡Qué tío! —dijo ella.

—De pelo en pecho, señorita.

—Tan joven...

—Y apuesto.

Fedora sonrió.

—No, si por elogios no va a quedar. Oiga, ¿sabe usted que se ha descubierto un aparato para pesar la inteligencia?

—Será medir...

—Pesar, pesar. La suya no pasa del medio gramo.

—Medio gramo de fulminato de mercurio puede provocar la deflagración de diez toneladas de dinamita.

—Lo sé, soy químico.

—¡Atiza!

—Y estoy a punto de colocarme en una importante fábrica de cosméticos.

—Ya me extrañaba a mí...

—¿Qué le extraña, señor Dowe?

—Mujer, al oír que es químico, pensé que tenía en proyecto descubrir una droga maravillosa, que hiciese vivir a las personas quinientos años. Le darían el premio Nobel, ¿sabe?

—Sí, pero sería dentro de quinientos años, cuando se hubiese comprobado la eficacia de mi droga.

—Podemos esperar, ¿no le parece?

Fedora suspiró.

—Señor Dowe, mucho me temo que la muerte de Hope Willoughby no pueda aguardar tanto tiempo —contestó.

CAPÍTULO II

Dowe había puesto a calentar el café. Llenó dos tazas y entregó una a la bella visitante.

—Hable —dijo—. Por lo que yo sé, Hope ha muerto de un ataque al corazón.

—Era una muchacha sanísima.

—Hasta los más sanos mueren de un ataque al corazón.

—Sí, pero no a los veinticuatro años.

—Los mismos que usted.

—En efecto. Hope fue asesinada.

Dowe señaló el periódico.

—Ahí dice que...

—Lo he leído —dijo ella, secamente—. Pero el periodista que tomó la noticia se apresuró a enviar, una información inexacta.

—¿Cómo lo sabe?

—El forense, lógicamente, dijo que era un ataque al corazón, y el periodista telefoneó a su diario. Luego ya no se ocupó de más; ni siquiera se fijaba en mí.

—¿Estaba usted con la muerta?

—Acababa de llegar cuando me encontré con aquel tremendo espectáculo. Hope y yo éramos muy amigas. Imagínese el choque.

—Me lo imagino y lo lamento, señorita Mitchell.

—Gracias. Los policías me preguntaron qué hacía a aquellas horas en casa de mi amiga.

—¿Estaba presente cuando murió?

—Hombre, ya le he dicho que acababa de llegar. Tenía pensado pasar unos días en Dalymore, y Hope me había cedido una habitación de su apartamento, a fin de que estuviera más cómoda que en un hotel, aparte de ahorrarme algún dinerillo.

—Lógico —sonrió él. Sacó tabaco—. ¿Fuma?

Fedora aceptó un cigarrillo. De pronto, lo dejó sobre la mesa.

—No me conviene —dijo.

—¿Por qué?

—Me afecta al sentido del olfato. Y eso es algo que un químico, que se va a emplear en un laboratorio de cosmética, no se puede permitir.

—Perfectamente comprensible. Siga —invitó él.

—Bien, yo entré en casa. El forense acababa de examinar a la pobre Hope. Entonces yo noté un olorcillo raro. Ninguno de los que había allí se había percatado de ello, pero ya le digo que tengo un olfato muy cultivado.

—Necesidades de la profesión —sonrió Dowe.

—Bueno, algo por el estilo. El caso es que aconsejé al forense que practicara la autopsia a mi pobre amiga. En cierto modo, Hope murió del corazón, pero fue porque la hicieron aspirar una dosis muy intensa de cierto gas narcótico, en cuya composición entra, además de otros elementos, el óxido nitroso.

—¡Cuánto sabe! —se admiró Dowe.

—Es probable que Hope tuviese el corazón algo delicado, pero no es seguro. En cambio, la ingestión de gas sí es segura.

—¿Lo ha confirmado ya el forense?

—Sí. Además, ha dicho que es cierto que le robaron un medallón.

Dowe puso cara de interés.

—¿Un medallón?

—En la piel del cuello, y ya lo observé yo, había unos diminutos arañazos, exactamente los mismos que se producirían en el mío si alguien pegase un tirón a esta cadena.

Fedora sostuvo con dos dedos la cadena de la que pendía un medallón de plata, de contorno poligonal. El medallón era inusitadamente grueso.

—¿Y bien? —dijo él.

—Éramos siete amigas. Las siete estudiábamos juntas en el Belvey College. Claro que había muchas más chicas, pero nosotras siete habíamos formado un grupito muy bien avenido.

—Las Siete Magníficas —sonrió Dowe.

—Todo el mundo dice lo mismo cuando conoce nuestra historia —suspiró Fedora—. Pues no, no nos llamaban así, sino las Siete Lunas.

—Lunas...

—Una vez, cierto profesor, al vernos, dijo que resplandecíamos como siete satélites en plenilunio.

—Era un hombre de gusto, seguro. ¿Tiene el medallón algo que ver con este asunto?

—Una de las chicas era Stephanie Borelli. Su padre conocía la amistad que nos unía. Un día vino a vernos y nos regaló siete medallones idénticos, aunque con el nombre de cada una grabado en el respectivo medallón. El señor Borelli prometió que el día que nos graduásemos cambiaría aquellos medallones por otros idénticos, de oro y con un brillantito. Era un hombre muy rico.

—No me cabe la menor duda —dijo Dowe—. Pero su medallón sigue siendo de plata...

—Y el de Hope y los de las otras cinco chicas. Antes de que pasaran seis meses, el señor Borelli fue a parar a la cárcel. Era un gángster.

Dowe silbó.

—¿Lo sabía su hija?

—No. Para la pobre Steffie, nosotras abreviábamos así su nombre, fue un golpe terrible. Ella ignoraba la clase de hombre que era su padre y quiso suicidarse. Tuvimos que trabajar mucho para persuadirla de que debía seguir viviendo.

—Buenas chicas —elogió él—. ¿Y...?

—El señor Borelli no pudo cumplir su promesa porque murió hace tres años en la cárcel. De todos modos, nos habíamos graduado ya. Y nos dispersamos.

—Comprendo. Pero, dígame, ¿por qué no ha ido a ver a la policía?

Fedora sonrió maliciosamente.

—El jefe Brownell me ha enviado aquí —dijo.

—El jefe...

—Sí, es mi tío.

—Vaya, qué sorpresas da la vida.

—¿Sí, verdad?

—Fedora, empiezo a sospechar que su tío no es tan listo como dice su oficina de Relaciones Públicas —refunfuñó él.

—Cuando le diga eso, se subirá por las paredes.

—Por mí, como si se quiere tirar al río. Oiga, su tío me ha

metido absurdamente en un jaleo del que no sé la forma como salir, y con la agravante, además, de que he perdido la reputación.

—Vamos, vamos, Alec; un día se sabrá todo y usted saldrá en los periódicos y se escribirán decenas de artículos elogiosos.

—Y llevarán carretadas de flores a mi tumba. A ver —rezongó Dowe—, déjeme ver su medallón, doctora Mitchell.

—Algún día podrá llamármelo, cuando haya hecho mi tesis doctoral —contestó ella, a la vez que hacía pasar la cadena por encima de su brillante cabellera castaña.

—Lo haré con mucho gusto —dijo él.

Tomó el medallón con dos dedos. Era un polígono de siete lados. En el anverso figuraba el nombre de la propietaria y tenía grabado un bonito dibujo, de estilo artesano indio, alrededor de las dos palabras. En el reverso se veían siete crecientes, formando asimismo un heptágono.

Dowe sopesó el medallón.

—Y Borelli quería cambiar esto por oro.

—Sí, cuando nos hubiésemos graduado. Pero antes fue a parar a la cárcel —repitió Fedora.

Dowe paseó la yema del pulgar por los contornos del medallón, que tenía un grosor de seis milímetros, aproximadamente.

De pronto, se oyó un ligero chasquido.

El medallón se abrió, como un reloj antiguo, pero la bisagra, habilísimamente construida, estaba en la parte de la anilla por la que pasaba la cadena.

Un pequeño papel, no mayor que la uña del pulgar, revoloteó por los aires y cayó al suelo. Fedora se agachó rápidamente.

—¡Cielos, qué sorpresa! —exclamó.

Dowe contempló el interior del medallón, en el que se había practicado un hueco de unos dos centímetros de lado y medio milímetro de profundidad, lo justo para que pudiera contener el papel. Era la obra de un hábil artesano, no cabía la menor duda.

—Mire lo que hay aquí —dijo Fedora.

Dowe tomó el papel. Había unas cifras y dos letras escritas a mano, con tinta negra: 7-14-RU.

—Usted no sabía nada de esto —dijo.

—No, pero ahora empiezo a comprender por qué le robaron el medallón a la pobre Hope. Posiblemente, sólo querían quitárselo

mediante el gas, pero el caso es que Hope murió.

—Y dentro de ese medallón habría, seguramente otro trocito de papel idéntico a éste.

—Idéntico, tal vez en la forma, pero no en el contenido.

—Lo cual significa que Borelli redactó un mensaje y lo dividió en siete partes, que fueron a parar al interior de siete medallones.

—Exacto.

—Estoy empezando a pensar una cosa, Fedora.

—Dígame, Alec.

—Borelli les entregó los medallones unos seis meses antes de su encarcelamiento.

—Sí, pero murió antes de que pasara el año de encierro. Nosotras no habíamos salido aún del colegio.

—Fedora, sospecho que Borelli sabía que iba a parar a la cárcel, aunque lógicamente no se lo dijera a ustedes.

—Oh, era un señor tan simpático, tan amable... Continuamente hacía regalos a su hija... y a nosotras también. Si a Steffie le regalaba una pulsera, nosotras recibíamos otra. El día del cumpleaños de Steffie nos regaló siete relojes de oro. Y todo de valor, créame. Derrochaba el dinero, se lo aseguro.

—Ya podía hacerlo, en la forma que lo ganaba —contestó Dowe, con sorna—. Pero ello no explica por qué les regaló unos medallones de tan poco valor.

—¡Iba a cambiarlos por otros de oro el día de nuestra graduación!

—Eso es lo que él dijo.

—Siempre cumplía su palabra. Alec, si Borelli que no esconder el mensaje era para evitar que alguien conociese su contenido. Nosotras, sin saber nada, lo guardábamos, dividido en siete partes. Un día nos habría traído los medallones de oro y recuperado los de plata. Pero murió antes, en la cárcel.

—Un ataque cardíaco.

—No, una puñalada. Fue en una algarada, y nadie logró saber jamás quién partió el corazón de Borelli.

Dowe volvió a poner más café en las tazas.

—Esto parece una contraseña —dijo—. Borelli escondió algo en algún sitio. Pero ¿qué y dónde?

—La solución es bien sencilla, Alec.

—Encontrar los restantes medallones, Fedora.

—Falta uno —le recordó ella.

—¿Qué me dice de los cinco restantes? ¿Sabe dónde están sus discípulas?

—Tres viven aquí. De las otras dos no sé nada.

—¿Se ha relacionado con las que viven en Dalymore en alguna ocasión?

—Sí, cumpleaños y Navidades.

Dowe apuntó a la joven con un dedo.

—Le voy a encomendar una misión —dijo.

—Sí, señor —contestó ella, muy seria.

—Busque a sus tres amigas y pídale que abran los medallones y le den el trocito de mensaje contenido en cada uno de ellos. Luego, trate de buscar a las dos restantes. alguna de las que residen aquí podrá darle informes al respecto.

—Está bien. ¿Qué más?

—¿Vive en Dalymore la hija de Borelli?

—Es una de las dos cuyo paradero desconozco en absoluto —respondió Fedora—. Pero le aseguro que ella ignoraba por completo las actividades de su padre.

—Sí, suele suceder así.

Dowe devolvió el medallón a su propietaria.

—Si intentan arrebatárselo, no se resista —aconsejó—. Descuide —sonrió la joven—. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—Llame mañana, a las diez.

—No le gusta madrugar, ¿eh?

—Esta noche me acostaré tarde.

—¿Alguna fiestecita?

Dowe pensó en Ma Ehlson.

—Es probable —contestó.

El nombre de Ma Ehlson era el de Peggy. Su difunto esposo solía llamarla Ma, cosa que a ella le producía dolor de estómago, pero no pudo evitar que los clientes continuasen llamándola de la misma manera.

Algunos que no la conocían pensaban que se trataba de una cincuentona gorda y pintarrajeada. Estaban en un error.

«Un error mayúsculo», se dijo Dowe, al ver a Ma Ehlson del otro lado de la barra, charlando con unos clientes.

Ma poseía una figura exuberante y una risa fácil. Pero también tenía la mano muy pesada, cuando alguien intentaba propasarse, creyendo que unas palabras amables y dos sonrisas le daban derecho a cosas que ella, en tiempos, había tolerado sólo al difunto.

Ma aseguraba tener veintiocho años. Una vez, Dowe le dijo que podía contar siete más.

Sorprendentemente, ella no se enojó.

—Pero no lo repitas —pidió.

Dowe se mostró de acuerdo. Y como nunca llamaba a Ma con el apodo que le pusiera el difunto señor Ehlson, sino Peggy, ella le había tomado mucha simpatía.

Se acercó al mostrador. En los últimos tiempos, su indumentaria era algo descuidada. Era preciso aparentar que la expulsión de la policía había supuesto un grave quebranto económico, y que la agencia detectivesca no se hallaba en una situación muy boyante.

Ma le vio y sus ojos brillaron.

—Alec —dijo—, ¿qué quieres beber?

—Extracto líquido de dinamita —sonrió él.

—Lo tengo. ¿Qué añadido?

—Una buena dosis de droga de la verdad.

Ma entornó los ojos.

—Comprendo —sonrió provocativamente—. Pero no aquí, Alec.

—Tienes que cuidar el negocio, Peggy.

—Charlie es de toda confianza. Tómate la copa, pero vete luego. Sube por la puerta de atrás.

—O. K., guapa.

—Y no te olvides de pagarme. Aquí no se fía.

Dowe ocultó una sonrisa. Sí, Peggy era lista, muy lista... y conocía bien a la parroquia.

Había cuarenta o cincuenta personas en aquellos momentos. La taberna estaba siempre muy concurrida. Pero de todos los clientes, sólo una docena escasa podrían decir que no habían conocido la cárcel o una comisaría de policía.

CAPÍTULO III

En cierta ocasión, cuando Dowe era solamente un prometedor sargento, salvó a Peggy de una apurada situación, cuando dos maleantes habían puesto un cuchillo en su garganta, para robarle la recaudación. Dowe envió a los dos hombres al hospital, después de sendas llaves de judo, y Peggy empezó a tomarle afecto.

Dowe había estado más de una vez en las habitaciones privadas de Peggy. Era, probablemente, el único hombre que lo había conseguido, después de que ella enviudara.

Conocía bien la distribución y entró en el salón, con las luces reducidas al mínimo. En una de las paredes había un cuadro y lo hizo girar a un lado. Una ranura, de un centímetro de anchura, por doce o quince de largo, horizontal, quedó al descubierto.

Desde allí se podía ver la mayor parte del local, incluyendo la puerta. Dowe observó que Buck el Matador no había hecho todavía acto de presencia.

Dejó el puesto de observación y se acercó a uno de los rincones, iluminado discretamente. Estaba terminando de llenar dos copas, cuando llegó Peggy.

—Conoces mis gustos —sonrió ella.

—¿Lo dudas?

—Pero no del todo.

—¿Qué quieres decir?

Peggy dejó la copa a un lado y se colgó de su cuello.

—Adivínalo —murmuró ardientemente.

—Preciosa, sólo soy un policía expulsado...

—¿A quién quieres hacer tragar ese cuento, Alec?

—¿Cómo? —Respingó él.

—Tú no eres hombre que se deje sobornar. Todo esto ha sido una idea de tu jefe.

—Peggy, yo no...

—Podrás engañar a los otros, pero no a mí. —Ella acercó su cuerpo más todavía—. Pero no importa, cariño. ¡Bésame!

Las dos bocas se juntaron. El apasionamiento de Peggy hizo que Dowe se olvidara, muy gustosamente por otra parte, de la misión que le había llevado hasta aquel lugar.

Transcurrió un buen rato. Dowe encendió un cigarrillo. Peggy se lo quitó y lo miró, apoyada en un codo.

—Ahora puedes hablar —sonrió.

—Buck el Matador —dijo él.

—Cuidado. Es malo.

—Lo sé. Se sospecha que liquidó a Logan.

—Eso lo dice todo el mundo. Pero ¿quién lo prueba?

—No me interesa probar que Buck mató a Logan, Me interesa algo mucho más importante.

—¿Drogas?

—¿Cómo lo has adivinado?

Peggy le echó el humo a la cara.

—Quisieron complicarme en el negocio —dijo.

—¿Quién?

—Stan Gerson. Envió a su «secretario», Ely Faradee. Buck le acompañaba.

—¿Y...?

—Me negué... No quiero vender porquerías en mi casa.

—Encuentro extraño que no te obligasen a ello, Peggy.

—Ya lo intentaron.

—¿Pudiste oponerte a ellos?

Ella sonrió.

—Faradee estuvo un mes en la cama. A Buck le partí una botella en la cabeza. Adivina dónde le pegué a Faradee la patada.

Dowe lanzó una ruidosa carcajada.

—Salvo el dolor físico, no le hiciste gran cosa —dijo.

—Sí, eso se dice. Detesto a los hombres... que no lo son.

—¿Se dieron por contentos?

—Una semana más tarde, vino un tipo al que no conocía. Insistió. Le pegué un tiro en la barriga. A ése le costó cuatro meses de hospital. Está vivo por milagro, y en cuanto curó, se largó de Dalymore. Gerson comprendió que no podría hacerme nada, y desistió de su intento. Alec, esa gente no son valientes de verdad,

Cuando uno les planta cara, se rajan.

—Eso sí es cierto. ¿Qué más tienes que decirme de Buck?

—En primer lugar, va siempre acompañado por Pete el Colita.

—¿El Colita? —se extrañó Dowe.

—Realmente, se apellida MacNatt. Pero va siempre detrás de Buck, a la cola, cubriéndole las espaldas... Es un reptil.

—Da gusto vivir en un país poblado por gentes tan encantadoras —comentó él, sarcásticamente—. ¿Algo más sobre Buck?

—Sí, es el inventor de la ametralladora recortada.

Dowe dio un salto.

—¿Qué es eso, Peggy? —exclamó.

—Yo no la he visto, pero me lo dijo uno que la vio por casualidad. El cañón no es más largo que el de un 38 de los que usáis vosotros, los policías. La culata también ha sido suprimida casi en su totalidad, de modo que el arma queda como una 45 un poco más grande. Aunque se supone que lleva un cargador de veinte o treinta balas de repuesto, oculto en alguna parte de las ropas, el que tiene el arma es de diez o doce.

Dowe se espantó.

—Entonces, en cuanto saque su metralleta recortada...

—¡Rat, tat, ta, ta...! Los diez o doce tiros en dos segundos. Buck es fuerte, tiene manazas de peso pesado y debe de entrenarse constantemente. Por eso puede sostener el arma con una sola mano.

—Un angelito, vamos.

—Yo creo que vive porque a Satanás no le interesa perder su puesto —rió Peggy.

Dejó el cigarrillo a un lado y echó de nuevo los brazos al cuello de su acompañante.

—Alec —suspiró.

Dowe, en mangas de camisa, se acercó a la mirilla. En la habitación contigua, sentada ante el tocador, Peggy se cepillaba el cabello.

De pronto, vio algo que llamó su atención.

—Peggy.

Ella acudió corriendo, descalza, haciendo ondear su peinador de tules.

—Dime, querido.

—Mira, ahí está Buck.

Peggy aplicó el ojo al observatorio.

—Y el Colita con él, naturalmente —dijo.

Dowe estudió a los dos hombres. Pete MacNatt era de mediana estatura y rostro afilado, lo que le confería un aire de astucia ratonil. Pero a su modo, era aún peor que el nombre a quien, por razones obvias, apodaban el Matador.

Buck y su compinche se apostaron en el mostrador. Dowe observó que la chaqueta del hombrón era muy amplia, demasiado grande. Pero así podía disimular mejor su siniestra ametralladora recortada.

De repente, vio algo que le hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

—¡Demonios!

—¿Qué pasa? —preguntó Peggy.

—Esa chica... ha debido volverse loca...

Abajo, Fedora Mitchell reía y bromeaba con uno de los clientes de la taberna. De pronto, se puso en pie.

Fedora vestía una blusa escandalosamente ceñida, además de muy escotada. La falda, cortísima, parecía pegada a sus caderas.

Estaba muy pintada y se había peinado de una forma terriblemente aparatosa. El hombre que estaba con ella se levantó también y pasó una mano por su cintura.

—Pero, bueno, ¿es que no quieres decirme que sucede? —Se irritó Peggy.

Súbitamente, Buck se despegó del mostrador, atravesó la sala en cuatro zancadas y cerró el paso a la pareja, que ya se disponía a salir.

Su pulgar izquierdo hizo un gesto inequívoco. El acompañante de Fedora bajó la cabeza y se marchó.

Luego, Buck se apoderó de uno de los brazos de Fedora.

MacNatt se acercó. Buck tiró de la muchacha. Ella se resistió ligeramente, pero acabó por ceder.

Entonces, Dowe abandonó su puesto de observación, agarró la chaqueta y se lanzó hacia la puerta.

—Pero, Alec...

La llamada de Peggy fue desatendida. Ella, resignada, se encogió de hombros.

—También él está loco —rezongó.

El coche arrancó, conducido por MacNatt. Fedora pegó su cuerpo al de Buck, a la vez que tocaba uno de sus brazos.

—Huy, qué músculos —exclamó—. Eres un hércules, tú.

—Calla —dijo el pistolero, hoscamente.

—Pero si yo sólo quería...

—Cierra el pico. No vas a conseguir nada de mí con tus arrumacos.

—Entonces, cambia de sitio con el conductor. A él sí le gustaría estar a mi lado. ¿No es cierto, Joe?

MacNatt soltó una risita.

—Cierto, guapa —respondió—. Pero me llamo Pete.

—¿Puedo sentarme a tu lado, Pete?

Buck, furioso, tiró de la joven. Fedora empezaba ya a pasar una pierna por el asiento delantero y se volvió hacia el gigante.

—¿Qué te pasa, tú? ¿Acaso no te gustan las mujeres? ¿Soy una vieja de ochenta años? ¿O tienes otras preferencias?

—¿Querrás callar de una vez? —bramó el pistolero.

—Pero si yo sólo quería...

—¡Calla!

—Está bien, está bien, me callaré. Vaya genio, ni respirar la deja a una...

—Me estás sacando de quicio, tú.

—Eres tú el que se pone nervioso, yo no. Ya he dicho que me iba a callar.

—Pero no te callas.

—¡Ji, ji! —rió MacNatt.

—¡Cierra tú también el pico! —aulló Buck.

—Hombre, que no es para ponerse así. La chica es guapa, simpática...

—Gracias, Pete, eres un encanto —dijo Fedora—, pero tu amigo usa zapatos.

—Claro. No voy a ir descalzo —protestó Buck.

—Es que debieras usar herraduras.

MacNatt lanzó una atronadora carcajada. Buck se pasó una mano por la cara.

—Me hace falta una margarita —dijo.

—¿No lo eres tú? —preguntó ella, intencionadamente, a la vez que volvía a arrimarse al gigante.

—Lo digo porque así consultaría si debo matarte o no.

—Ah, ya entiendo. La mato, no la mato... Pete, ¿cómo se llama tu amigo, si es que «esto» puede ser amigo de alguien?

—Buck —dijo el conductor.

—Buck, aunque no lo creas, eres un tipo estupendo. Te apuesto diez dólares a que sé lo que buscas.

—A ti no te busca, precisamente —rió MacNatt.

—¡Callarás de una vez! —aulló Buck, descompuesto—. Soy tan hombre como el que más, pero ahora no es momento de divertirse, sino de trabajar.

—Buscando algo, claro —dijo Fedora.

—Ya te tenemos a ti, guapa.

—Gracias, hércules. Pero todavía no me has contestado nada sobre la apuesta. Y me juego diez dólares contra uno... ¿Tienes los diez dólares, Buck?

—Sí —contestó el pistolero, antes de darse cuenta de que, irremediablemente, Fedora le había llevado al terreno que ella deseaba—. ¿Qué nos apostamos?

Ella abrió el bolso. Buck se lo arrebató de un manotazo y registró su contenido, devolviéndoselo de inmediato.

—No llevas armas —gruñó.

—¡Claro que no! —se escandalizó ella—. ¿Acaso te figuras que necesito una pistola para obligar a mis clientes a que se vengán conmigo?

—Nena, cuando quieras, llámame. Iré a dónde estés, caminando sobre las yemas de los índices de las manos —dijo MacNatt.

—Gracias, guapo. Todavía hay gente que sabe apreciar dónde está lo bueno. Buck, ¿qué hay de la apuesta?

El Matador pensó que lo más conveniente sería dejar que Fedora hablase todo lo que le viniera en gana. A fin de cuentas, le habían asignado una misión y debía cumplirla, sin que Fedora sufriese el menor daño.

—Tengo los diez dólares —rezongó.

Fedora enseñó un billete.

—Aquí está el mío —dijo—. Y vengán ya esos diez «machacantes», porque he ganado la apuesta.

—¡Pero si todavía no sé en qué consiste!

—Yo, sí.

Fedora se quitó el medallón con una mano y lo puso en la del atónito pistolero. Luego, antes de que el estupefacto Buck pudiera decir nada, le quitó suavemente el billete de diez dólares.

—He ganado —dijo—. Pete, ya puedes parar.

—Sí, señorita —respondió el conductor maquinalmente.

Y empezó a arrimarse a la acera.

—¡No te pares, imbécil! ¡Sigue! —aulló Buck.

MacNatt respingó. Ya estaba junto al bordillo, pero, antes de que pudiera tomar velocidad de nuevo, un coche le cerró el paso, con violento chirrido de frenos.

CAPÍTULO IV

Un hombre se apeó del automóvil y corrió hacia el de los pistoleros.

—¡Salte, Fedora! ¡Huya!

Buck lanzó una terrible interjección y se apeó del coche, a la vez que metía la mano en el interior de su chaqueta. Ello le hizo perder un tiempo precioso, además de una buena oportunidad, porque así quedó su rostro al descubierto.

El puño de Dowe golpeó despiadadamente su nariz. Buck lanzó un atroz aullido. Elevó ambas manos para agarrarse el apéndice tan cruelmente maltratado, con lo que su estómago quedó indefenso. Dowe volvió a golpear con saña.

Fedora se sentía estupefacta. Sentado tras el volante, MacNatt contemplaba la pelea con ojos maravillados.

—¡Qué ciclón! Ese tipo es invencible...

Fedora le tocó en el hombro.

—Oye, que Buck, es compañero tuyo —le recordó.

MacNatt se volvió hacia ella.

—Ya tenía ganas de que alguien le diera una buena —sonrió.

—Increíble —dijo Fedora.

—Estoy disfrutando horrores, créeme.

Al fin, Buck rodó por tierra, con el rostro ensangrentado, completamente sin sentido. Dowe se inclinó, metió la mano y sacó aquella ametralladora recortada.

—Ya puedes bajar, Fedora —dijo.

—¿Por qué? Aquí estoy muy a gusto —respondió ella.

—Es verdad —confirmó MacNatt.

Dowe abrió la boca.

—Esa chica está loca —masculló.

—Sí, por mí —rió MacNatt—. ¿Adónde vamos, guapa?

—Tú sabrás el sitio, Pete —contestó Fedora, a la vez que,

desenvueltamente, pasaba al asiento delantero, con un fascinante despliegue de unas piernas espléndidamente torneadas—. Gracias por todo, Alec.

MacNatt maniobró en marcha atrás. Luego se desvió a la izquierda, a fin de evitar el doble obstáculo que eran el cuerpo inconsciente de Buck y el coche de Dowe.

—¡Uhú! —dijo Fedora, agitando la mano al mismo tiempo, al pasar por delante del aturdido policía.

Durante unos momentos, Dowe sintió unos deseos furibundos de disparar la ametralladora contra el coche que se alejaba. Luego, de pronto, lanzó el arma sobre el cuerpo de su dueño.

Había una cabina telefónica a poca distancia. Instantes más tarde, Dowe oía una voz colérica de un hombre, que protestaba airadamente, por tan intempestiva interrupción de su sueño.

—No tengo gran cosa que decirle, jefe —manifestó el joven—. Simplemente, si envía una patrulla a la calle Veintinueve, encontrarán a Buck el Matador y el arma que sirvió para «despenar» a Logan.

—¡Bravo, muchacho! Ahora mismo...

—Otra cosa, jefe: su sobrina está loca de remate. Mándela fuera de la ciudad o mañana saldrán los periódicos con la noticia del arreglo nuestro. ¿Está claro?

Dowe colgó el teléfono, sin querer escuchar más a su jefe. Se puso un cigarrillo en los labios, prendió un fósforo, aspiró el humo con fuerza y luego se metió en el coche.

Peggy le recibió, pasmada de asombro.

—Creí que te perseguían los acreedores —dijo—. ¡Vaya manera de correr, Alec!

—Estoy muy furioso, tanto, que esta noche sería capaz de retorcerle el pescuezo a alguien.

—Oye, no será a mí —se alarmó ella.

Dowe inspiró con fuerza. Al fin, sonrió.

—Por eso he vuelto —dijo—. Para tranquilizarme, preciosa.

Peggy le abrazó.

—Yo soy un magnífico sedante —murmuró con cálido acento.

Dowe estaba sentado, pero de espaldas a la mesa y muy cerca de la ventana, con unos prismáticos en la mano. Ni siquiera se movió cuando oyó una voz sarcástica detrás de él:

—Espionando a las vecinas guapas, ¿eh?

—No, estoy espionando a un tipo que quiere liquidarme —respondió Dowe, sin mirarla.

—¡Rayos! —exclamó Fedora.

—¿Eso es Física o Química? —preguntó él, con sorna.

Fedora dio un paso hacia delante.

—¡No se acerque! —bramó el joven.

Ella dio un salto atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Pasa que no quiero que la vean. Siga donde está, y no se ponga en la línea visual de mi asesino.

—¡Qué sangre fría, qué valor! Pero ¿cómo sabe que hay un asesino?

—Alguien me dijo que estaba en la casa de enfrente, en el piso superior al mío. Eso siempre proporciona ventaja para el tiro, ¿comprende? Además, la bala, si alcanza a la víctima, sigue una trayectoria descendente, lo que le permite causar más destrozos en el organismo.

—Esos tipos se las saben todas, ¿eh?

—Es su oficio, Fedora.

—Alec, no es que quiera meterme en sus asuntos, pero me parece que la casa está demasiado lejos, cien metros o así.

—¿Ha oído hablar alguna vez de fusiles con mira telescópica?

—¿Como en las películas?

—Sí.

—Pues, no, nunca he visto nada semejante, en la vida real... Pero me gustaría verlo.

—Fedora, en esa empresa de cosméticos, ¿fabrican crema de afeitar?

—Hombre, claro, qué cosas tiene...

—Ya me dirá el nombre de esa crema. Para no comprarla, claro. Si interviene usted en su elaboración, lo más probable es que contenga ácido sulfúrico y vidrio molido.

—Alec, me está llamando inepta.

—No, la llamo loca. ¿Adónde la llevó MacNatt?

—Le engatusé, Alec —sonrió ella.

—Sí, claro; tenía usted un aspecto de golfa barata, que tiraba de espaldas; la clase de mujer que enloquece a los tipos como el Colita.

El pie derecho de Fedora golpeó violentamente el suelo.

—¡Alec, no me insulte!

—Yo digo que lo parecía, no que lo sea —respondió él ácidamente—. ¿Y qué pasó?

—Bueno, lo engatusé... Me dejé besar... Salimos del coche; había un prado cercano y cuando ya creía haber cazado a la pieza, le di un rodillazo en la ingle. Cayó patas arriba y yo volví al coche. Como estaba puesta la llave, lo dejé allí plantado, en medio del campo.

—¿Sin preguntarle siquiera adonde pensaba llevarla?

—Ya lo había olvidado —rió Fedora.

—Pero, entonces, ¿cómo demonios fue usted a parar a la taberna de Ma Ehlson?

—Bueno, mi tío me dijo que usted podía estar por allí...

—Y fue a meter las narices y ver qué podía conseguir. ¿Sabe que esos tipos podían haberla matado?

—Estoy viva, ¿no?

—Está loca, loca de remate —gruñó él—. Bueno —añá dió, a la vez que se ponía en pie—. Ahora, quietecita y punto en boca.

Fedora miró al joven, quien se encaminaba hacia una de las habitaciones interiores y se preguntó cuál sería su juego.

La estancia disponía de dos ventanas, una de las cuales había sido utilizada por Dowe como observatorio. En la otra, las cortinas aparecían descorridas.

Dowe regresó con un fusil en la mano. Fedora observó que el arma tenía un grueso cilindro en la extremidad del cañón, además del anteojo del visor. Dowe movió el cerrojo de carga y puso una bala en la recámara. Luego dejó el arma en pie, apoyada en la pared, junto a la primera ventana.

Volvió a adentrarse en la casa. A los pocos momentos, regresó, empujando una pequeña plataforma, con ruedas, en la que había una fotografía suya, de tamaño natural, pegada a una tabla, recortada siguiendo los contornos de su cuerpo. El maniquí plano quedó frente a la segunda ventana, a unos tres pasos de distancia.

—Aquí, Fedora —llamó él.

La joven obedeció. Dowe la hizo situarse en el espacio comprendido entre los dos huecos. Luego él se arrodilló en el suelo y, con la mano derecha, alzó el bastidor de la ventana, de modo que

su mano quedase siempre junto al trozo vertical del marco.

Inmediatamente, corrió a la otra ventana y levantó el bastidor cosa de un palmo. Luego, arrodillado, tendió el fusil hacia la casa frontera.

De pronto, algo entró en la estancia, con terrible violencia. Fedora oyó el impacto del proyectil contra la madera. Casi en el mismo instante, captó el chasquido del fusil de Dowe.

—¡Viva, le he dado! —gritó el joven.

Y echó a correr hacia la puerta. Cuando abría, exclamó:

—¡No se mueva, no se deje ver para nada!

Fedora estaba muy pálida. Sus ojos contemplaron la fotografía. En el centro del pecho había un agujerito, de horrible significado.

Dowe descendió corriendo a la calle y cruzó a toda velocidad. De repente, cuando ya llegaba a la acera opuesta, oyó un espantoso alarido.

Instintivamente, levantó la cabeza. Algo descendía vertiginosamente desde las alturas.

Saltó a un lado. El bulto se estrelló contra el pavimento con horripilante sonido de huesos rotos.

Dos mujeres chillaron. Una tercera se desmayó.

Un atildado caballero, que paseaba con su perro, se inclinó para vomitar. Algunos transeúntes se detuvieron para contemplar aquella horrible cosa que momentos antes había sido un hombre.

Dowe trató de reaccionar. ¿Era posible que el asesino, herido, se hubiera suicidado al comprender que no podría eludir la acción de la policía?

Oyó una sirena de un coche patrulla que se acercaba a toda velocidad. Dowe contuvo sus deseos de intervenir directamente.

Los agentes empezaron a actuar de inmediato. Uno pidió por radio una ambulancia y refuerzos. El otro se esforzó por hacer circular a los curiosos.

De pronto, un hombre salió de la casa.

Era de mediana edad, distinguido, con las sienes grises. Llevaba un maletín de forma alargada y un bastón en el que se apoyaba, debido a la ligera cojera que padecía.

En aquel instante, al ver al hombre, Dowe se sintió acometido por una súbita inspiración.

El asesino no se había suicidado. Simplemente, lo habían

arrojado por la ventana.

La herida que él le había causado no era mortal, aunque, muy probablemente, difícil de curar. El había tirado al lado derecho del cuerpo, confiando en atraparle vivo para obligarle a cantar. Pero el asesino no estaba solo.

Aquel hombre había estado a su lado en todo momento, seguramente, para cerciorarse de que el asesino cumplía su «contrato». Pero al verlo herido, debió de pensar que lo mejor era cerrar una boca comprometedora.

Sin pensárselo dos veces, Dowe se acercó al caballero.

—A ver, déjeme su maletín —pidió.

—¿Por qué? —Protestó el hombre—. ¿Quién es usted?

—El maletín. Quiero ver el fusil que ha sido disparado hace unos momentos.

El individuo retrocedió. De repente, Dowe se dio cuenta de que había salido de su casa sin el revólver. —¡Quieto!— gritó.

El bastón del sujeto le golpeó en un hombro, haciéndole vacilar. Un instante después, el individuo sacaba una pistola.

Sonaron dos disparos. El hombre del maletín vaciló y cayó sobre la acera, en medio del terror y el espanto de la multitud.

Un policía uniformado corrió hacia el joven.

—De buena se ha librado, teniente —dijo.

Dowe miró al policía.

—Pat, ¿es que no se acuerda ya que no pertenezco al Cuerpo? —contestó.

El guardia le guiñó un ojo. Dowe barbotó una silenciosa imprecación, giró sobre sus talones y volvió a cruzar la calle.

—¿Puedo moverme ya? —preguntó Fedora, momentos después.

Dowe miró a la joven, situada en el sitio ordenado y se echó a reír.

—Ya no hay peligro —dijo.

—¡Uf! —Respiró ella—. He oído tiros...

—Sí, el compinche del asesino quiso matarme.

—Y se ha librado.

—Estoy aquí, ¿no? —Dowe, con cara de mal humor, puso la cafetera al fuego—. El asesino también ha muerto.

—Tiene usted buena puntería —elogió Fedora.

—No es eso. Yo sólo tiré al lado derecho de su cuerpo. No me

interesaba dónde le diera, siempre que el impacto no fuese mortal. Lo que quería era pillarle vivo. —Pero acertó, aun sin querer...

—Fedora, su compinche lo tiró por la ventana, para que no hablase. Hay doce pisos, ¿sabe?

Ella inspiró con fuerza.

—Oiga, ¿no tiene algo más... «intenso» que el café? —preguntó.

—Abajo, en la planta semisótano, hay una cafetería. Baje y pida lo que quiera, como si le da por emborracharse.

—Sí que se siente enfadado —dijo Fedora, a la vez que se ponía las manos en los costados—. Y yo que vine a ayudarle...

—¿Ayudarme? ¡Cielos, si lo que hace usted es ayuda, vale más que se vuelva a fabricar potingues para la cara!

—Es usted un tipo grosero y repelente —le apostrofó la joven—. Y se lo diré a mi tío...

—Su tío y usted pueden irse al cuerno. Y cuanto antes, mejor. Yo no quería este trabajo, pero él se empeñó... «Es un buen plan, Alec; la gente se lo tragará fácilmente...». Pero hasta los barrenderos saben que mi oficina de investigaciones privadas es un truco viejísimo, disparatado e ineficiente hasta la saciedad.

Fedora se quedó atónita ante aquella inesperada explosión de su interlocutor.

—Sí que confía usted en mi tío —comentó.

—Lo siento. —Dowe se pasó una mano por la frente—. Llevo seis o siete meses en esta cochambrosa oficina y todavía no he conseguido nada positivo. Usted sabe que no he dejado la policía, lo saben todos los agentes... ¿Cómo se puede esperar algo fructífero en estas condiciones?

Ella se le acercó y sonrió con ternura, a la vez que le ponía una mano sobre el pecho.

—Anímese, chico —dijo—. A fin de cuentas, yo estoy aquí para ayudarle, aunque me tome por loca. Pero no lo estoy tanto como usted piensa o, de lo contrario, no habría conseguido ya tres medallones más.

CAPÍTULO V

Dowe contempló con asombro los tres medallones, idénticos en un todo al de la muchacha. Abrió uno y sacó un trocito de papel, repitiendo la operación dos veces más. Luego, con toda urgencia, anotó todas las inscripciones en otro papel, del que sacó una copia.

—¿Cómo ha conseguido los medallones? —preguntó, al terminar la operación.

—Ya le dije que en Dalymore vivían tres de mis antiguas condiscípulas, aparte de la pobre Hope Willoughby. De solteras, se llamaban Zena Clees, Fanny Madigan y Wilma Cárter. Puesto que me han entregado los medallones graciosamente, sin hacer demasiadas preguntas, no pretenderá usted que le revele ahora sus actuales apellidos. Más o menos, esto tiene conexión con una pandilla de gangsters y ahora no les gustaría ver sus nombres en los diarios.

—Me parece muy bien —respondió Dowe—. Pero eran siete medallones. Tenemos cuatro: el suyo y el de esas tres casadas. Faltan el de la pobre Hope Willoughby y dos más. Los correspondientes a...

—Steffie Borelli y Jo Ann Linton.

—¿Dónde están?

Fedora se encogió de hombros.

—Ni idea —contestó.

—Esto nos pone en un brete —confesó él—. Si los medallones contenían un mensaje, es de suponer que en clave, faltando tres, va a ser muy difícil descifrarla.

—Imposible, Alec.

Dowe miró una de las cuartillas en la que había copiado las cifras y letras escritas en los papeles contenidos dentro de los medallones.

—Un momento —dijo de pronto—. Fedora, ¿cómo les entregó

Borelli estos medallones?

—Pues... nos invitó a comer y allí nos los dio...

—¿Siguió algún orden específico?

Ella entornó los ojos.

—Aguarde —murmuró—. Sí, la entrega se hizo mediante un orden, que el propio Borelli estableció.

—Primero la hija, claro.

—Sí, pero ahora que lo recuerdo me doy cuenta de que Steffie recibió su medallón en primer lugar, no sólo por ser su hija, sino por el apellido.

—¡El apellido! —se extrañó él.

—Éramos siete chicas, apellidadas, respectivamente, Borelli, Cáster, Clees, Linton, Madigan, Mitchell y Willoughby.

—¡Orden alfabético! —gritó Dowe.

—Exacto, Alec.

Dowe se sentó tras la mesa y volvió a escribir, colocando en otra cuartilla las series de números y letras pertenecientes a cada una de las chicas, en el orden correspondiente a su apellido.

—No es mucho lo que hemos conseguido, pero menos es nada —dijo, al acabar su tarea.

—Hágame una copia —pidió ella.

—¿Por qué?

—Me entretendré esta noche en buscar una solución a esa clave. Si no le importa, claro.

—Todo lo contrario, pero tenga cuidado dónde deja esa copia. Si quienes buscan los medallones la encuentran, habrán adelantado tanto terreno como nosotros.

—Está bien, Alec.

Momentos después, Fedora tenía la copia en su poder. Enrolló el papel, haciendo un canuto no más grueso que un lápiz, y lo metió en el asa de un espectacular bolso de mano.

—Si me capturan, no encontrarán nada —sonrió—. Y ahora, le voy a dar una buena noticia.

—Adelante —invitó Dowe.

—Para que vea que no soy una resentida, le invito a cenar. Además de pasar una velada agradable, recobrará el buen humor.

Dowe se echó a reír.

—¿Se lo ha recomendado su tío? —preguntó.

Redora le guiñó un ojo.

—Yo también tengo iniciativa propia —contestó.

Rieron alegremente. De pronto, sonó el teléfono.

Dowe levantó el aparato. Alguien dijo:

—Si llueve, no se olvide usted de su paraguas, caballero.

—Como caigan piedras del cielo, no me servirá para nada. ¿Qué hay, jefe? —preguntó el joven desenvuelta mente.

—Noticias. La metralleta capturada a Buck no es el arma que se utilizó para «apiolar» a Logan.

—¡Demonios! —Se espantó Dowe.

—Ese Buck es como los coches, que tienen una rueda de repuesto. Seguramente, tiene otra metralleta recortada, aunque no hemos podido averiguar dónde la ha escondido.

—Jefe, tengo los pelos de punta. Vi el arma y, cada vez que la recuerdo, se me pone la carne de gallina.

—Hemos tenido que soltar a Buck. Un abogado ha pagado una fianza bastante elevada... Tenga cuidado; puede que le busque.

Dowe abombó el pecho.

—Si me busca, me encontrará —respondió truculentamente.

Aquella mañana, Fedora salió de la casa y caminó con paso vivo por la acera. De pronto, oyó un ligero siseo.

Volvió la cabeza. Pete MacNatt estaba a pocos pasos de distancia.

—Hola, Pete —saludó, con la mejor de sus sonrisas—. ¿Qué haces por aquí? ¿Disfrutar del sol?

MacNatt la miró rencorosamente.

—Todavía me duele —rezongó.

—Hombre, es que se necesita ser tonto... Yo creí que ibas a llevarme a tu apartamento, ya sabes, luces indirectas, música suave, champaña y todo lo demás... y acabamos en un prado, como dos estudiantes adolescentes. La verdad, Pete, no tienes finura ni nada que se le parezca.

—Ah, de modo que es por eso —dijo él.

—Claro, tonto. ¿Es que no supiste verlo?

—Oye, tengo mi apartamento...

Una voz sonó a poca distancia, colérica, irritada:

—¡Pete!

—Vamos, nena, el jefe espera —dijo MacNatt a media voz.

—¿El jefe? ¿Qué jefe? —preguntó Fedora.

—Anda, vamos, no es ninguna trampa. Ni yo dejaría que te llevasen a un sitio malo. Ven, por favor.

Fedora avanzó hacia el gran coche negro que aguardaba a unos pasos de distancia. Las cortinillas posteriores estaban corridas.

MacNatt abrió con toda cortesía. Fedora se inclinó para escrutar el interior del vehículo. Al fondo, sentado, divisó a un hombre muy elegante, con las manos enguantadas, apoyadas en el puño de marfil de un bastón de ébano.

—¿Cómo está, señorita Mitchell? Soy Stanley Gerson —dijo el sujeto.

—Encantada, señor Gerson. ¿Debo entender que he de sentarme a su lado?

—Si no tiene inconveniente...

—Mientras no se trate de un paseo con final de carbón, azufre y salitre...

—¿Qué es eso, señorita? —se extrañó Gerson.

—Los ingredientes elementales de la pólvora.

—Oh, comprendo. —Los dientes de Gerson lucieron en una amplia sonrisa—. No habrá pólvora, le doy mi palabra.

—Entonces, vamos de paseo.

Fedora se sentó desenvueltamente junto a Gerson.

—Ya puede empezar a hablar —dijo.

Buck estaba delante, pero el conductor era MacNatt. El coche arrancó de inmediato.

—Se trata de siete medallones —manifestó Gerson, instantes más tarde—. ¿Le gustaría ganarse cien mil dólares, señorita Mitchell?

—¡Me encantaría! ¿Cómo se hace, señor Gerson?

—Simplemente, entregándome los medallones que ha conseguido hasta ahora.

—¿Nada más?

—Eso es todo, señorita.

—Amigó, Stan, usted piensa que soy tonta o algo por el estilo.

—¡Qué! —Respingó Gerson.

Fedora alzó el bolso.

—Los medallones están aquí —declaró—. Bien, yo se los entrego y usted me da los cien mil dólares... Por cierto, ¿tiene aquí el

dinero?

—Hombre, no he venido prevenido...

—¡Caramba, quiere comprar una cosa y no lleva dinero encima!

—Puedo extenderle un cheque...

—Sí, y que le pillen los del Fisco. ¿A quién dirá usted, que entregó el cheque?

—A usted, claro...

—Y yo, ¿cómo justificaré ese ingreso en mi declaración anual de renta?

—Bueno, no sé, una herencia...

—Mis padres gozan de buena salud, no tienen tanto dinero en el Banco, y yo no tengo una tía ancianita y rica.

—¡Pero yo quiero los medallones! —insistió Gerson.

—¡Y dale! Los tengo aquí, conmigo.

—Bueno, démelos...

—Sí, sí, démelos. Ahora prometerá que mañana me dará la «pasta», y luego, si te veo no me acuerdo.

—Siempre cumplo mis promesas, señorita.

—¿Le dijo eso a la chica aquélla, cuando le anunció que iba a tener un hijo suyo?

—¿Qué chica? —preguntó Gerson.

—Ah, usted sabrá. Pero los hombres siempre dicen lo mismo, cuando se presenta esa ocasión: «Te prometo que me casaré contigo...», pero luego, las palabras se las lleva el viento, y el censo nacional se aumenta que es un gusto.

—Estamos hablando de medallones, no de niños nacidos ilegalmente.

—Ah, sus hijos son ilegítimos.

—Pero ¿quién dice eso? —bramó Gerson, descompuesto.

—Yo, no, usted lo dice. Yo no he mencionado para nada...

—¡Deje en paz los hijos ilegítimos! ¡Hablemos de medallones!

Fedora se inclinó de pronto, y asió el tubo de comunicación con el asiento delantero.

—Pete, para; el señor Gerson me va a comprar un medallón muy bonito en aquélla joyería de la esquina.

—Sí, señorita.

—¡Pete, sigue! —aulló Gerson.

Fedora se hurgó la oreja derecha con el meñique.

—Oiga, si sigue gritando de ese modo, voy a tener que llamar a un guardia —dijo—. De modo que no quiere comprarme el medallón.

—¡Quiero comprarle cuatro medallones!

—¿Tiene el quinto?

—Sí, diablos...

Fedora soltó una risita.

—¡Le pillé! —dijo alegremente.

Gerson soltó una maldición. De pronto, agarró el bolso.

Fedora bajó la ventanilla. El coche se había detenido a causa del brazo de un guardia que dirigía el tránsito.

—Stan, si no me devuelve el bolso ahora mismo, empiezo a gritar —amenazó.

—Está bien —dijo Gerson malhumoradamente—. Reuniré los cien mil dólares y... Venga mañana a verme, señorita. Con los cuatro medallones, no lo olvide.

—Pero ¡qué descortés es usted! ¿Por qué no viene a verme a mi casa? Vivo en Bartley Terrace, ochocientos diez.

—¡Ésa es la casa del jefe de policía! —gritó Gerson.

—Claro, como que es mi tío. Está casado con una hermana de mi padre, ¿sabe?

Gerson se quedó con la 30ca abierta. Fedora empuñó el tubo nuevamente.

—Pete, ahora sí que va de veras —dijo—. Haz el favor de parar.

Gerson no intentó oponerse. Antes de apearse, Fedora le dirigió una encantadora sonrisa.

—Demodo que cien mil «pavos». ¿A? Esos medallones tienen un valor enorme para usted.

—Lo tienen —gruñó Gerson.

—Está bien, para que vea que soy amiga de cumplir los tratos, en vez de ir usted a casa de mi tío, yo iré mañana a la suya. Tenga el dinero preparado y le llevaré los cuatro medallones. ¿De acuerdo?

—Con una condición, señorita.

—¿Sí?

—No le diga nada a su tío, o no habrá negocio.

—Si le digo a mi tío que ando mezclada con gangsters, pillos, hampones y otras gentes de baja estofa, sería capaz de enviarme de

vuelta a mi casa, esposada y acompañada por dos agentes.

Gerson volvió a maldecir.

—Oiga, yo no soy... Maldita sea —se desanimó de pronto—. ¡Qué importa lo que sea!

—Animo, hombre —dijo Fedora, ya en la acera—. Todavía es joven, Más viejos los he visto yo, arrepentidos y en un convento.

Pete oyó aquellas últimas palabras y no pudo contener una estrepitosa carcajada.

En realidad, tenía conectado el tubo de comunicación todo el tiempo, y no se había perdido una sílaba del trepidante diálogo.

A su lado, Buck le miró torvamente.

—Te la estás jugando, Pete —amenazó.

—¡Vete al diablo! —contestó el otro, contemplando con ojos ávidos la esbelta figura que se alejaba, caminando graciosamente por la acera.

CAPÍTULO VI

La mujer estaba sentada ante una mesa, sobre la que había una botella y un vaso. Era joven, pero estaba terriblemente ajada y tenía algunos churretones de maquillaje en algunos puntos de la cara, lo que no contribuía precisamente a mejorar su aspecto.

Los vestidos habían perdido su aspecto primitivo. Colgada del hombro izquierdo llevaba una piel de zorro. Su cabeza se apoyaba en la mano izquierda, mientras hablaba y canturreaba a media voz, ajena por completo al bullicio de la taberna.

Dowe pasó por su lado, sin concederle más que una mirada casual. Se acercó al mostrador y sonrió a la dueña.

—Hola, guapa —saludó.

—Adivino qué te trae aquí —dijo Peggy.

—Tú, cariño.

—No mientas. Quieres informes.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Leo los periódicos. Anda, sube a mi departamento. Iré en cuanto pueda. Por la ruta de costumbre, ¡no te olvides!

—O. K., Peggy. Oye —preguntó él, de repente—, ¿quién es esa rubia borracha?

—Se llama Ann Lindsay, es todo lo que sé. Viene casi a diario, se emborracha y, en ocasiones, «pesca» algún cliente, casi siempre más borracho que ella. Pero no arma jaleos, ¿comprendes?

—Parece joven...

Peggy meneó la cabeza.

—Mi oficio es vender licores, pero me siento horriblemente deprimida cuando veo a una persona que no sabe contenerse —dijo.

—Deja el negocio —aconsejó él.

—Esa pájara seguiría emborrachándose igual, aquí o en otra parte. Mira, ya tiene un parroquiano.

Dowe se volvió un poco. Agarrada al brazo de un hombre, Ann

Lindsay caminaba hacia la salida, con paso, inseguro. El hombre no caminaba con mayor firmeza.

—Comprarán una botella en alguna parte y beberán como cerdos, hasta perder el conocimiento por completo —dijo Peggy, despectiva—. Bueno, en realidad, ya lo tienen perdido...

Dowe echó a andar hacia la salida. Un cuarto de hora más tarde, llegó Peggy.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que quieres saber?

—Borelli.

Peggy le miró con curiosidad durante unos segundos.

—¿Anthony Borelli?

—Sí, el mismo.

—Dame un cigarrillo, por favor.

Dowe accedió a la petición. Estaba sentado en un diván, pero Peggy quedó en pie, contemplando abstraída las volutas de humo del pitillo recién encendido.

—Era..., llegó a ser el amo y señor de Dalymore —dijo al cabo.

—Acabó muy mal.

—Le pincharon, en el patio de la penitenciaría. Nunca se ha sabido quién lo hizo.

—Peggy, eso ya lo sé. Me interesan datos de su vida anterior al encarcelamiento.

—Bueno, abarcaba todos los negocios, tenía una banda muy bien organizada...

—¿Drogas?

—Nunca le oí mencionar actividades de ese género.

—¿Qué relaciones tenía con Gerson?

—Eran rivales, pero Gerson, comparado con él, era un enano en todos los sentidos.

—Es curioso. ¿Cómo le dejó sobrevivir? Lo lógico parece pensar que Borelli debiera haber eliminado a Gerson, a fin de no tolerar bandas independientes, aunque, eso sí, proponiéndole primero entrar a formar parte de la suya. Pero, por lo que estás diciendo, no sucedió así.

—No, simplemente, lo toleraba. Y creo que ésa fue su perdición.

—¿Cómo, Peggy?

Ella dejó el cigarrillo sobre un cenicero y empezó a llenar dos copas.

—Gerson le fue minando el terreno hábilmente. Es lo que pasa con los que están muy encumbrados; creen que no les puede pasar nada y, cuando quieren darse cuenta, advierten que tienen los pies al aire.

—Y eso es lo que le pasó a Borelli.

—Justamente. Pero, además, incluso fue Gerson el que lo envió a la cárcel.

—A ver, habla.

—Bueno, yo no sé muy bien cómo lo hizo, pero le preparó una buena trampa. Borelli era un tipo muy musculoso y fácilmente irritable, cosa que no se debe permitir un hombre de importancia. Tropezó con un borracho y se trabaron de palabras. El borracho sacó una navaja y Borelli, su pistola.

—Ya, un tipo fue al hospital y otro a la cárcel. Pero Borelli debió alegar que el otro quiso atacarle.

—No se encontró la navaja, y el herido declaró que jamás había tenido la intención de agredir a Borelli. Éste se defendió, alegando que el otro le había atacado, debido a cierto asuntillo que Borelli había tenido con su esposa. El herido dijo que jamás había estado casado y que, simplemente, por haber tropezado con él involuntariamente, Borelli le había pegado un tiro. Los abogados de Borelli dilataron un poco la cosa, pero, amigo, se había vertido sangre, y el juez, que no tenía muchas simpatías a Borelli, le impuso una pena de dos a cinco años. No quiso admitir fianzas ni alegatos de custodia personal de personas que respondiesen por el acusado, y lo envió a la cárcel.

Dowe asintió, para tomar a continuación un sorbo de licor.

—Es decir, después del jaleo, estuvo un tiempo en libertad, hasta que se celebró el juicio.

—Sí. Sus abogados intentaron retrasarlo, y lo consiguieron en un par de ocasiones, pero, al fin, Borelli tuvo que pasar por el aro.

—Peggy, un último favor.

Ella se sentó en sus rodillas y le abrazó fuertemente.

—Pídeme lo que quieras —dijo con cálido acento.

—El hombre que mató a Borelli en el penal. Si no conoces su nombre, ¿puedes, al menos, decirme el de • alguien que lo sepa?

Peggy le mordisqueó en una oreja.

—Ely Faradee —contestó.

—¿Él secretario de Gerson?

—Sí. Cariño, bésame... —suspiró Peggy voluptuosamente.

Durante todo el día siguiente, Dowe no tuvo noticias de Fedora Mitchell. A las seis de la tarde, llamó a su residencia y la señora Brownell le dijo que la joven estaba en el baño y que llamase más tarde. También le dijo que Fedora estaba invitada a una fiesta.

Dowe se irritó, sin saber por qué. Estuvo un buen rato indeciso y, al fin, abandonó el despacho y salió a la calle.

Diez minutos más tarde, llegaba a la casa de su jefe. Cuando se disponía a estacionar el coche, vio a Fedora junto al bordillo de la acera.

El aspecto de la joven le dejó atónito. Fedora vestía un traje blanco, sin apenas tela en la parte superior, sostenido por dos hilitos casi invisibles. Era un traje largo, de fiesta, no cabía la menor duda. El bolso era también blanco, adornado con lentejuelas de nácar.

Fedora estaba radiante. Durante unos segundos, Dowe se quedó atónito. Luego, antes de que pudiera reaccionar, vio que la joven entraba en un taxi, que arrancó d§ inmediato.

Sin conocer del todo las causas, se sintió algo celoso. De pronto, dio el contacto y empezó a seguir al taxi.

Un cuarto de hora más tarde, vio que el vehículo en que viajaba Fedora se detenía ante un edificio que él conocía muy bien. Maldijo entre dientes.

—Pero ¿adónde va esa loca?

La puerta de la residencia se abrió. Un hombre de unos cuarenta años, delgado, correctamente vestido, recibió a la muchacha.

—¿Señorita Mitchell?

—Sí, yo misma.

—Soy Faradee, secretario particular del señor Gerson. Por aquí, tenga la bondad de seguirme; el señor Gerson ya la está esperando.

Fedora caminó erguida, con aire un tanto indiferente. Faradee abrió una puerta.

—Señor Gerson, la señorita Mitchell —anunció.

El dueño de la casa se puso en pie. Buck y MacNatt estaban a un lado, sentados, y se levantaron también, MacNatt miró a la joven con ojos incrédulos.

—Fantástico —murmuró a media voz.

Gerson movió una mano.

—Salgan, muchachos —ordenó.

—Oh, no hace falta —exclamó Fedora con viveza—. Pueden quedarse aquí; total, lo que vamos a hablar usted y yo no es ningún secreto. ¿Verdad, Buck, Pete?

—Verdad, Fedora —contestó MacNatt, cayéndosele la baba.

—Pero ¿qué confianzas son ésas...? —barbotó Gerson.

—Pete y yo somos muy amigos —dijo Fedora—. ¿No es así, Pete?

—Claro, amigos de veras.

Ella le guiñó un ojo.

—Pero no como hermanos —añadió—. Bien, señor Gerson, manos a la obra o, mejor dicho, al pastel. ¿Dónde están los cien mil «del ala»?

Gerson tocó con el índice un paquete de forma oblonga que había sobre la mesa.

—Aquí —señaló—. ¿Y los medallones?

—Los tengo en el bolso. Pero antes quiero saber si tiene los cien mil dólares.

—¿No le digo que...?

—Abra, abra el paquete; quiero contar el dinero yo misma.

—Es usted muy desconfiada —masculló Gerson, mientras rompía el papel de la envoltura.

—Sí.

Fedora se acercó a la mesa y dejó el bolso a un lado. Desenvuelta, se sentó en el borde, dejando que las piernas quedasen colgando. Luego tomó el primer paquete de billetes y empezó a contar.

—Uno, dos, tres... Todos son de cincuenta dólares, observo.

—Sí —confirmó Gerson, a quien la parsimonia de la muchacha ponía de un humor de todos los diablos.

—Ah, ya me parecía a mí... Entonces, habrá dos mil billetes. Oh, qué tonta, ya he perdido la cuenta... Uno, dos, tres, cuatro...

En la estancia reinaba un silencio absoluto. Sólo se oía la voz de la joven.

MacNatt hacía heroicos esfuerzos para no soltar el trapo de la risa. Faradee miraba al techo aburridamente.

Buck hacía juegos con las yemas de sus dedos. Gerson se cansó y acabó por sentarse.

—Ciento cincuenta y dos, ciento cincuenta y tres, ciento cincuenta y cuatro... Eh, ¿qué es esto? —gritó ella, de pronto.

Gerson se puso en pie de un salto.

—¿Qué sucede ahora? —bramó.

—¡Este billete es falso!

—¡Mentira!

—¿Se atreve a llamar mentirosa a una señorita?

—Son billetes legítimos...

Fedora blandió el papel verde ante las narices de Gerson.

—Le digo que éste es falso. Sé conocer muy bien los billetes falsos de cincuenta dólares. Me lo enseñó un amigo, que trabaja en la Casa de la Moneda, en Washington. Mire, mire aquí, en la parte inferior derecha del cero de la cifra cincuenta a la derecha. Los billetes legítimos tienen completa la línea, cosa que no sucede con éste.

Gerson se sentía atónito.

—Pero..., pero si me los han dado...

—¿Quién? ¿El Banco?

—Algunos, sí; otros, no.

—Pues hay un montón de billetes falsos. Mire este otro... y éste y éste...

Fedora se apeó de la mesa.

—Oiga, ¿piensa acaso que soy tonta? —exclamó—. Se necesita cara dura, amigo. Sólo le faltó pagarme con billetes de esos que anuncian detergentes.

—¡Los medallones!

—Deme dinero legítimo, y no esta porquería.

La mano de Fedora barrió los billetes, esparciéndolos por la mesa y el suelo. De pronto, Gerson se inclinó hacia delante y se apoderó del bolso de la joven.

—Le guste o no, me quedará con los medallones —dijo, ceñudo.

CAPÍTULO VII

El contenido del bolso fue vaciado sobre la mesa. Gerson lanzó un rugido de ira, al ver que no aparecían los medallones.

—¡Usted también pensaba engañarme! —gritó.

—Eso significa que vamos de pillo a pillo —contestó Fedora, riendo—. ¿Me permite?

Tranquilamente, recogió sus cosas y cerró el bolso.

—Ya me figuraba que sucedería algo por el estilo. Si los billetes hubieran sido legítimos, alguien habría traído los medallones a esta casa. Por supuesto, yo me hubiera quedado aquí, como garantía del cumplimiento de mi palabra. Pero comprenderá que no voy a arriesgarme a ir a la cárcel por falsificadora de moneda. En la Edad Media se cortaba la mano derecha a los que falsificaban...

—¡Ahora no estamos en la Edad Media! —bramó Gerson.

—¿He dicho yo que estemos en la Edad Media? Oiga, dice usted cada cosa que... ¿Por qué no va a un psiquiatra?

—No me hace falta ningún psiquiatra. Quiero los medallones y los tendré, cueste lo que cueste.

—Entonces, llamaré a la Caballería.

—¿La... Caballería? —repitió Gerson, con cara de tonto.

—Sí, hombre, como en las películas del Oeste. Cuando los protagonistas están a punto de morir a manos de los pieles rojas, aparece la Caballería. Ya sabe, uniformes azules, el guión blanco y rojo o blanco y azul, la trompeta tocando a la carga.... —De pronto, Fedora se puso el puño cerrado ante los labios—. ¡Tararí, tararí...!

Una voz se oyó repentinamente en el vestíbulo.

—¡Aquí llega la Caballería!

La puerta saltó violentamente. Dowe irrumpió en la habitación.

—Que nadie se mueva. Están rodeados —exclamó.

—¡Pero no lleva armas! —gritó Buck.

Dowe le apuntó con el índice.

—¡No toque su metralleta, o le meterán treinta balas en el cuerpo! —amenazó.

El Matador respingó. Dowe se acercó a la mesa y contempló los billetes.

—Falsos, ¿eh? —dijo sardónicamente—. Stan, es lo que le faltaba.

—Oiga, teniente...

—Ya no soy teniente; soy investigador privado.

—¡No diga tonterías! —Bufó Gerson—. Usted sigue siendo policía. Pero podemos arreglamos...

—Soborno, ¿eh?

Dowe alzó el teléfono.

—¿Policía? Hagan el favor de enviar un coche patrulla a la Avenida Harradon, cuatrocientos setenta. Pronto, hay billetes falsos —dijo.

—¡No son falsos! —vociferó Gerson.

Dowe sonrió.

—Eso se lo dirá usted al juez —contestó—. ¿Se encuentra bien, Fedora?

Ella se colgó de su cuello, a la vez que lanzaba un profundo suspiro:

—¡Mi héroe!

—Está bien, vámonos. Te he rescatado, y eso es lo que cuenta. —Dowe miró duramente al dueño de la casa—. Se ha metido usted en un buen lío, amigo Gerson.

De repente, un cristal saltó por los aires.

Dowe sintió junto a la cara el viento de la bala. Fuera, en el jardín que contorneaba el edificio, se oyó un estampido.

Fedora gritó. Dowe se agachó.

Alguien disparó de nuevo. Gerson aulló y se agarró el brazo izquierdo.

Buck corrió a la ventana, con su metralleta recortada en la mano. Tendido en el suelo, Dowe vio funcionar el arma, disparada con gran facilidad. El estrépito de los disparos ahuyentó ruidosamente el silencio de la noche.

A diez pasos del edificio, un hombre gritó y se tambaleó violentamente. Buck lo vio caer, giró sobre sus talones y escapó a la carrera.

Fedora, caída en el suelo, se abrazaba convulsivamente al joven. Dowe comprendió que el peligro ya había pasado y empezó a levantarse.

—Me han herido —dijo Gerson, débilmente.

—Pete, llame a un médico —ordenó Dowe.

—Sí, sí, señor...

Dowe salió al jardín. El atacante yacía en el suelo, boca arriba. La ráfaga le había alcanzado de lleno, iniciándose en el pecho y ascendiendo por el cuello hasta concluir en el rostro. Junto a su mano derecha, se divisaba la pistola que había utilizado.

Aquel hombre le resultó completamente desconocido. Regresó a la casa; ya se oía una sirena policial.

—Ustedes declararán lo que pasó —dijo Faradee.

—Con mucho gusto —accedió Dowe.

Faradee dirigió, a la muchacha una mirada envenenada.

—Y los billetes son legítimos —agregó.

El coche de patrulla se detuvo frente a la casa. Dowe sacó cigarrillos, encendió dos y dio uno a la muchacha. Fedora inhaló el humo profundamente.

Los policías entraron y empezaron su trabajo de inmediato. Uno de ellos pidió médicos y una ambulancia. El otro se acercó a Gerson.

Dowe aprovechó la ocasión y se situó frente a Faradee.

—Uno de estos días me dirá usted quién «apioló» a Borelli —murmuró.

El rostro de Faradee se puso gris. Dowe sonrió; sus palabras habían dado en el blanco. Peggy había sido igualmente certera.

—De modo que ésta era la fiestecita a la que la habían invitado —dijo Dowe, más tarde, cuando ya estaban en su coche.

—Ha resultado divertida, ¿no?

—¡Podían haberla matado!

—Es a usted a quien buscan, aunque no me explico por qué —replicó Fedora agudamente.

Dowe se encogió de hombros.

—Bah, sólo tratan de asustarme. El que hace todo esto, o lo ordena, es un tipo de cerebro más bien chico.

—¿Por qué lo dice?

—Hombre, está claro. Todo el mundo sabe que yo no soy

policía...

—Quizá lo hace aprovechándose de la circunstancia.

—¿Cómo?

—Oficialmente, usted no es policía. Por tanto, si le mata, sólo habrá matado a un ciudadano cualquiera, amigo de meter la nariz donde no le importa.

—Donde me mandan, Fedora —gruñó él—. Pero es posible que tenga usted razón.

—La tengo. Oiga, usted acudió como el general Custer...

—Claro, estaba escuchándolo todo y comprendí que la broma había llegado ya al límite.

—Indiscreto —le apostrofó Fedora.

—Los policías somos siempre indiscretos.

—Pero ¿en qué quedamos? ¿Es o no es policía?

—Fedora, no trate de volverme loco, como lo hizo con Gerson. ¿Cómo diablos se le ocurrió lo de los billetes falsos?

—Algo tenía que decir, ¿no? Por supuesto, no iba a quedarme con ese dinero.

—Y no llevaba los medallones.

—Sí, los tengo.

—Pero el bolso estaba vacío, yo lo vi.

Fedora le guiñó un ojo.

—Tengo los medallones • —insistió.

—A ver, enséñelos.

—¡Impúdico sujeto! ¿Qué clase de propuesta me está haciendo? ¿Se imagina que soy una profesional del *strip-tease*?

Dowe alzó las manos, sin acordarse de que conducía.

—¡Qué mujer! —clamó.

—¡El volante! —chilló Fedora, alarmada, porque el coche ya iniciaba una ése, nada tranquilizadora.

—Está bien —dijo Dowe, instantes después—. Tiene los medallones, ocultos bajo la ropa... Pero ¿por qué diablos fue a casa de Gerson, si no pensaba aceptar el dinero ni entregar los medallones?

—Es bien sencillo; quería saber si el interés de Gerson alcanzaba a cien mil dólares.

—Sí, ya lo ha comprobado.

—Lo cual significa que él busca un millón, por lo menos. Gerson

no daría cien por algo que valiese sólo doscientos; ofrecería diez mil, a lo sumo.

—Es un cálculo muy acertado. Pero igualmente podía haberle entregado los medallones.

—Alec, use su cerebro. Gerson tiene ya el primer medallón, el de Hope Willoughby. A estas horas, conoce su secreto y ha extraído de su interior la séptima parte del mensaje en clave que dejó Borelli. Por tanto, si yo le entrego unos medallones vacíos...

—Sí, podría enfadarse —admitió Dowe, pensativamente.

—Y yo creo, modestia aparte, que lo mejor es dejar que siga pensando que tengo los medallones intactos.

—Fedora, su plan tiene un punto débil.

—¿Sí?

—Usted ya le dio un medallón, el suyo. Lo encontraría vacío... Ella soltó una risita.

—No me suponga tan tonta. Dentro de mi medallón hay, o había, un trocito de papel, con tres cifras y dos letras cualesquiera. ¡Gerson se volverá loco, intentando resolver el enigma, créame!

De pronto, Dowe paró el coche junto a la acera.

—Eh, que no hemos llegado todavía a mi casa —protestó ella.

—Deje, deje, es que quiero premiar su trabajo. Muy inteligente, muy acertado...

Fedora se echó atrás en el asiento, a la vez que entornaba los ojos.

—Un premio sólo cumple su objeto totalmente cuando el agraciado lo acepta —dijo.

—¿No lo aceptarás tú? —preguntó él—. ¿Voy a ser menos que Pete el Colita?

Ella rió suavemente.

—Oh, los hombres —dijo. Y permitió que él la besara, pero fue un beso cortísimo, de un segundo escasamente.

—Más —pidió Dowe.

—Ansioso —calificó Fedora—. Pon el coche en marcha o me iré a pie.

—Tengo que velar por tu seguridad. Pero recuerda una cosa: no siempre llegaba a tiempo la Caballería. Muchas veces, cuando aparecían, los colonos habían sido muertos y escarpados.

—Lo tendré en cuenta, te lo prometo.

Un cuarto de hora más tarde, Fedora entraba en casa. Antes de que pudiera subir a su habitación, oyó el teléfono.

El señor y la señora Brownell estaban ya durmiendo. Fedora atendió la llamada.

—Casa del señor Brownell —dijo.

—¿Fedora? —Sonó una voz ansiosa.

—Sí, soy yo... ¿Pete?

—El mismo. Oye, quiero decirte una cosa. Se llama Chad Owens.

—¿Quién es ese tipo?

—El que apuñaló a Borelli. Adiós.

Fedora colgó el teléfono, sumamente pensativa. Estuvo así unos momentos y luego volvió a levantar el aparato.

A Dowe le interesaría la noticia, se dijo.

Dowe indagó al día siguiente y se enteró de que Owens había sido puesto en libertad, mios meses antes.

Era preciso buscar al individuo. Owens había estado en la cárcel por primera vez, pero su conducta no había sido precisamente buena, por lo que había cumplido íntegramente la condena.

Dado que su libertad había sido total, no dependía ahora de un oficial del departamento de libertad vigilada. Por tanto, no estaba obligado a declarar su domicilio.

Era un serio inconveniente, pero había quien podía solucionarlo.

—Empiezo a acostumbrarme a verte casi a diario —dijo Peggy, por la noche.

—¿Te molesta? —sonrió él.

—Oh, no, en absoluto. Pero ya sabes, la costumbre es enemiga de la distracción.

—He venido aquí para trabajar, preciosa —declaró Dowe—. ¿Conoces a un tal Chad Owens?

—Me suena el nombre.

—Quiero hablar con él. Ayúdame.

—Haré lo que pueda. Perdona, me llaman.

Peggy se alejó. Dowe se recostó en el mostrador.

La rubia borracha de otros días estaba sentada ante una mesa. De repente, Dowe creyó ver en ella algo conocido.

La rubia aparecía en mejores condiciones que otras noches. Posiblemente, no se había emborrachado aún, y su cara no tenía los churretones habituales. Incluso llevaba un vestido nuevo o, por lo

menos, recién lavado y planchado.

—¿De qué diablos conoceré yo a esa mujer? —murmuró Dowe.

Recordó el nombre: Ann Lindsay.

—Lindsay, Lindsay... —repitió.

Y, de pronto, la claridad inundó su cerebro, como un fogonazo de fotógrafo.

—¡Claro, es ella!

—¿Quien? —preguntó Peggy, que se había situado a su lado, sin que se diera cuenta.

—Una de las Siete Lunas —respondió Dowe.

Peggy se quedó con la boca abierta. Antes de que pudiera decir nada, Dowe arrancó del mostrador y se sentó frente a la rubia.

—Hola, Ann —saludó.

Ella le dirigió una sonrisa profesional.

—Invítame a una copa, buen mozo —pidió.

—Una botella, mejor.

—Sí, mejor.

—Y en tu casa.

—¿Por qué no?

Ann Lindsay se puso en pie, alisándose la falda maquinalmente. Llevaba un vestido muy escotado. El cuello, observó Dowe, aparecía desnudo de todo adorno.

—¿Vamos? —dijo ella, colgándose del brazo masculino.

Peggy puso las manos en sus caderas.

—Mira que irse con esa furcia... —dijo a media voz, muy irritada.

Dowe y Ann salieron de la taberna.

—Guíame —indicó él.

—Hay una licorería, dos manzanas más abajo. Compraremos una botella, y nos divertiremos por todo lo alto.

—No compraremos una botella —dijo él.

—¿Eres abstemio? —preguntó, burlona.

—Quiero que tú lo seas, al menos por esta noche, Jo Ann Linton —respondió Dowe, muy serio.

CAPÍTULO VIII

El pecho de la joven se dilató profundamente para hacer una profunda inspiración.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó—. Pero, sobre todo, dime, ¿quién eres?

—Me llamo Alec Dowe, y soy investigador. Una amiga tuya me enseñó hace pocos días una fotografía, en la que aparecen siete chicas muy bonitas, apodadas las Siete Lunas.

—Ah, sí, el Belvey College —suspiró Ann—. ¡Qué tiempos! —añadió melancólica.

—Mejores que éstos, supongo.

—Bastante. Son sólo seis años, pero me da la sensación de que han pasado seiscientos años.

—Ann... te llamaré así, si no te importa...

—Es más cómodo —rió ella—. ¿Qué ibas a decirme, Alec?

—Sigamos caminando —propuso Dowe—. Dime, ¿cómo has llegado a esta situación?

Ann se encogió de hombros.

—Un matrimonio frustrado, un hombre algo maduro y, aparentemente, muy rico, pero que no era más que un especulador, que terminó arruinado y con el dinero justo para un cartucho de pistola...

—Se suicidó.

—Es lo mejor que pudo hacer. Cuando el señor Lindsay murió, los acreedores se echaron encima como buitres sobre la carroña de una res. Antes de que me diera cuenta, ya estaba en la calle, sin más que lo puesto.

—Y te diste a la bebida.

—Un psicólogo te diría que no pude soportar el fracaso. —Ann volvió a encogerse de hombros—. Es lo que me dijo el que me visitó.

—¡Pero tienes veinticuatro años! Es..., es una edad maravillosa...

Ann lanzó una agria carcajada.

—¿Es que no te das cuenta de lo que tuve que hacer para sobrevivir? —contestó.

—Pero, Ann, el Belvey College era muy caro. Si estabas allí, es porque tu familia tenía dinero.

—Eran unos presumidos. Querían que su hija se casara con el mejor hombre del mundo. Y acabé en brazos de un sinvergüenza, cuya mejor idea fue la de pegarse un tiro. Bueno, ¿vamos a mi casa o no?

Dowe apretó los labios.

—Sí, vamos —dijo—. Quiero que me entregues una cosa, Ann.

—No tengo nada de valor...

—Tienes un medallón de plata, con tu nombre y siete crecientes.

—Oh, el medallón del buen padre de Steffie. ¿Sabes?, lo vendí hace algunos días. No tenía ni para pagar el alquiler de mi apartamento.

—Dios mío —se horrorizó Dowe—. ¿Dónde lo vendiste?

—En la casa de empeños de Job Rosen...

Un auto se acercó de pronto y refrenó la marcha. Dowe volvió la cabeza.

El coche rodaba a muy poca velocidad. De repente, el cañón de un arma apareció por la ventanilla posterior.

—¡Tírate al suelo, Ann! —gritó.

Ella se sintió desconcertada, al ver que Dowe se arrojaba a un lado. Durante una fracción de segundo, permaneció completamente inmóvil, tan quieta como una estatua.

De pronto, algo la arrojó contra la pared, con tremenda violencia. Un alarido de fiera herida brotó de su garganta.

Ann rebotó y su pecho fue al encuentro de otra bala. Desde el suelo, Dowe disparó su revólver contra el coche.

Un proyectil arrancó chispas del asfalto, junto a su pierna derecha. Pero en el mismo momento, con un tremendo rugido, el automóvil arrancó y se perdió de vista en contados instantes.

Los últimos disparos de Dowe resultaron ineficaces. Furioso, tiró el revólver a un lado y corrió junto a la joven.

Ann yacía de bruces en el suelo. Debajo de su cuerpo se iniciaba

ya un reguero de líquido rojo.

—¡Ann, Ann! —llamó.

Pero la única respuesta que obtuvo fue un leve estertor. Cuando el primer coche de patrulla se detuvo junto a la acera, Ann ya no respiraba.

Dowe caminó con paso rápido. Había recobrado y recargado el revólver. Apenas habían transcurrido cinco minutos desde la muerte de Ann Lindsay.

El jefe Brownell había pedido a los policías de patrulla que le dejaran marchar, después de que el joven se lo hubiera indicado. Brownell quiso conocer sus intenciones, pero Dowe se negó rotundamente.

—No tengo tiempo que perder —dijo.

Y devolvió el auricular del radioteléfono al agente.

Apenas un minuto después, estaba frente a un edificio de pobre aspecto. Miró a derecha e izquierda. El coche del que habían partido los disparos no estaba a la vista.

Entró en el portal y subió silenciosamente las escaleras. Momentos después, llegaba al tercer piso.

Paso a paso, se acercó a una puerta. Tanteó con la mano izquierda.

Abrió muy despacio. La luz estaba, encendida.

El piso aparecía completamente revuelto. Alguien, en el interior, soltó un juramento a media voz.

Dowe terminó de abrir.

—Bien, ¿no has encontrado el medallón?

El hombre se revolvió velozmente, muy sorprendido por la presencia de alguien a quien no esperaba. Pero ello no le impidió sacar el arma que tenía bajo la chaqueta.

Dowe tiró a media altura. El sujeto cayó de espaldas, aullando como un poseído. Perdió la pistola, pero se incorporó a medias y agarró el arma nuevamente.

Dowe volvió a tirar. El intruso cayó de bruces.

Un cuerpo humano se agitó en las últimas convulsiones. Dowe le contempló ceñudamente.

Avanzó unos pasos, sin hacer caso de los gritos que sonaban en el edificio. Con el pie derecho, volvió el cuerpo del caído.

Era un rostro desconocido. Dowe, muy pensativo, se preguntó

quién, además de Gerson, había entrado en el juego.

Era una lástima. La actitud del sujeto no le había dejado otra alternativa.

Abajo, en la calle, pero no en las inmediaciones de la manzana, se oyó el rugido de un automóvil que arrancaba a toda potencia. Dowe sonrió débilmente.

Los ocupantes del vehículo habían debido de escuchar los disparos. Suponían que algo había ocurrido y no querían quedarse a esperar a la policía.

Una vez más, las sirenas aullaron en la noche de Dalymore.

Tranquilamente, mientras llegaban los policías, Dowe se acercó al teléfono. La guía estaba en el suelo, y la recogió, para buscar el número que le interesaba.

Job Rosen protestó con gran vehemencia, pero acabó por ceder. Sí, le esperaba en la puerta de su tienda de empeños. El no podía negar nada a un oficial de la policía.

El teléfono sonó bruscamente, arrancando a Dowe de su sueño. Dowe alargó la mano, y todavía con los ojos cerrados, acercó el auricular a su oreja.

—¿Tiene preparado el paraguas? —Sonó una voz harto conocida.

—Sí, jefe.

—Le va a caer encima un buen chaparrón, Alec.

—Soy muy resistente, jefe.

—No se burle —dijo el jefe Brownell, colérico—. La cosa no está para bromas. Anoche mató a un tipo.

—Él quería matarme a mí.

—Podía haberle herido.

—Oiga, jefe, el que se vio metido en el jaleo fui yo. ¿Cree que me gustó apretar el gatillo? Pero ese hombre acababa de asesinar a Jo Ann Linton, ahora Ann Lindsay. Y también tiró una vez contra mí, cuando yo estaba con la señora Lindsay. ¡Caramba, con tipos así no se puede ir repartiendo ósculos de paz!

—Sí, claro, repartes balas...

—Usted me metió en este jaleo. ¿Por qué protesta ahora?

—Porque protesta la prensa, Alec.

—Mándelos al cuerno.

—Eso no se puede hacer, muchacho. Usted lo sabe mejor que

nadie.

—Bueno, si le parece bien, presentaré mi dimisión.

—Pero seguirá en el caso.

—No. Me iré de la ciudad.

—¡Alec, usted no puede hacerme esto!

—Entonces, apóyeme.

—Estoy en un compromiso.

—Sacúdase el compromiso.

—¿Cómo, Alec?

—Es muy sencillo. Oblígueme a la dimisión y dígaselo así a los periodistas. Pero será una dimisión auténtica y el departamento de policía ya no tendrá que pagar el alquiler de este infecto piso.

—Vamos, vamos, Alec, no se lo tome tan a la tremenda. Podía... podía haber... haber pedido ayuda...

—Oiga, jefe, usted ideó un plan, pero me dejó plena libertad de acción. Si no le gusta mi trabajo, deslígueme de él, pero no venga a decirme lo que debo hacer. ¿Está claro?

—Me parece que soy yo quien debe abrir el paraguas —se quejó el jefe Brownell.

—¡Y que sea de una tela muy resistente! —dijo Dowe, un segundo antes de colgar el teléfono.

Tremendamente malhumorado, abandonó la cama y se metió en la ducha. El agua fría aplacó sus nervios.

De pronto, cuando ya cerraba el grifo, oyó una voz burlona en la entrada del cuarto de baño:

—Eres muy descuidado, Alec. Cualquiera podría entrar y pegarte dos tiros, con la mayor facilidad del mundo.

Dowe asomó la cabeza por un lado de la cortina de la bañera.

—¿Quieres ver mi figura de Apolo? —sonrió.

Fedora dio un salto atrás.

—El desnudo masculino es horrible —exclamó.

—¿Has visto muchos?

—En los museos. No me gustan.

—Pero no en vivo, claro.

—Alec, ¿por quién me tomas?

Dowe sonrió mientras se envolvía en una toalla. Metió los pies en unas zapatillas y abandonó el cuarto de baño.

—Acabo de hablar con tu tío —dijo.

Fedora había puesto la cafetera sobre el hornillo.

—Esta mañana arrojaba clavos ardiendo por la boca —contestó—. Y eso que él no se enfrentó dos veces con la muerte.

—Como tú anoche, ¿verdad?

—Exactamente. —Dowe se puso serio, de pronto—. Lo peor de todo es que me porté como un cobarde.

Fedora se volvió rápidamente hacia él.

—¿Cómo puedes decir una cosa así? —le reprochó—. Tal vez no hayas actuado certeramente, cosa que está por discutir, pero no eres un cobarde.

—Gracias. Sin embargo, pude haber salvado la vida de Ann.

—No lo entiendo —dijo Fedora, desconcertada.

—Es bien sencillo. Yo estaba a su lado y me tiré al suelo cuando vi al tipo que sacaba la pistola. Pude haberla empujado a un lado... pero pensé en mí primeramente.

—Alec, ya han intentado matarte en otras ocasiones. Si no piensas en ti, ¿quién más puede pensar?

Dowe meneó la cabeza.

—Me costará mucho olvidarlo.

—Lo conseguirás. Tú hiciste lo que te pareció mejor en esos momentos —dijo Fedora, persuasivamente—. Anda a vestirme —añadió—. Cuando salgas, tendrás el desayuno preparado.

Dowe aceptó el consejo. Minutos más tarde, volvía a la sala.

Fedora le entregó mía taza de café. Dowe, sin embargo, no quiso probar los huevos con tocino.

—No tengo apetito —rezongó.

—Hombre, después de lo que me he esmerado para freír estos huevos, que tienen mi aspecto tan apetitoso... ¡Come, hombre!

Dowe sonrió y se sentó a la mesa. Fedora se sentó frente a él.

—Cuéntame, ¿cómo localizaste a Jo Ann Linton?

Dowe se lo explicó todo. Al terminar, Fedora tenía los ojos húmedos.

—Pobre muchacha —dijo—. Sus padres querían que hiciese una buena boda y la casaron con un estafador. No me extraña que terminase tan mal, y no me refiero precisamente a los disparos que le hicieron. Pero ¿por qué, Alec?

—Por el medallón.

—¿Lo consiguieron?

—No, lo tengo yo.

—Alec, eres fenomenal. ¿Has visto el trozo de mensaje?

—No, ni siquiera lo he abierto. Vine a casa y me acosté de inmediato. Fedora, es la primera vez en mi vida que tomo un sedante.

Ella le miró con simpatía.

—Comprendo lo que sientes —manifestó—. Pero ya se te pasará.

—Eso espero —suspiró él.

—¿Tienes el medallón?

Dowe metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón y se lo entregó. Fedora lo abrió de inmediato.

—Voy a ver si descifro la clave —dijo.

Durante unos minutos, trabajó intensamente. Dowe terminó su desayuno, mientras tanto. Luego se levantó para acercarse a la mesa ocupada por la muchacha.

—¿Has logrado algo? —preguntó.

Fedora le enseñó un papel, en el que había dos columnas de cifras y de letras.

—Esto —dijo—. Arriba verás un interrogante. Corresponde al trozo de mensaje del séptimo medallón.

—Que es el primero.

—Sí, el de Steffie Borelli.

Dowe tomó el papel y lo examinó atentamente.

—Aquí hay algo que puede ser interesante —dijo.

—¿Sí?

—Fíjate en las cifras. Ninguna es superior a veintiséis.

Ella asomó su cabeza por el hombro de Dowe.

—Es cierto —dijo—. ¿Tiene algún significado, Alec?

—Puede. Nuestro alfabeto sólo tiene veintiséis letras.

—Oh... Entonces, cada cifra representa una letra.

—Sí, pero eso no quiere decir nada.

—¿Cómo que no? El número uno es la A, el dos la B, la tres la C...

—Salvo que no hayan concedido el número uno a la L, por ejemplo. Entonces, hay que contar a partir de esta letra, llegar a la Z y seguir con la A hasta la K. Imagínate la clase de combinaciones que pueden salir de esta clave.

—Lo corriente es que se empiece con la A, Alec.

—No lo creas. Ésta es una clave ideada por su autor, y seguramente solo él sabe a qué letra corresponde la cifra uno. Éste es un dato que no se necesita escribir en ninguna parte. ¿Lo harías tú si hubieras ideado la clave?

—Hombre, no. Si yo invento la clave y pienso que la F ha de corresponder al número uno, por ejemplo, no me resultará difícil guardar el dato en la memoria.

—Exactamente. Por tanto, aunque hemos dado un paso importante, no es el definitivo, sobre todo teniendo en cuenta que nos falta la primera séptima parte del mensaje.

—La de Steffie Borelli.

—Sí, la misma.

De pronto, sonó el teléfono.

Dowe levantó el auricular y dio su nombre. Una voz femenina dijo:

—Anota, Alec.

Dowe tomó papel y lápiz.

—Empieza —indicó.

—Calle Doce, ciento noventa y dos. Allí tienes a tu hombre. Me refiero a Owens, naturalmente.

—Gracias.

Dowe volvió el teléfono a su sitio. Fedora le miraba con suma atención.

—Ya he localizado al tipo que pinchó a Borelli en la cárcel —dijo.

—¿Chad Owens?

—Sí, el mismo.

Fedora agarró su bolso.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

—Contigo, claro.

—Tú te quedas.

—Si no me dejas ir contigo, avisaré a Owens por teléfono.

—Pero no sabes su número.

—¿Es tan difícil averiguarlo?

—Te ataré.

Fedora adelantó el busto retadoramente.

—Inténtalo —le desafió.

—Has caído en la trampa —dijo Dowe.

Y antes de que ella pudiera comprender el significado de sus palabras, Dowe la abrazó con fuerza y buscó sus labios. Sorprendida, Fedora no pudo oponer la menor resistencia, aunque al separarse abofeteó muy suavemente al joven.

—Es una bofetada simbólica —sonrió.

—Hay simbolismos encantadores —contestó él.

CAPÍTULO IX

La voz sonaba bronca y aguardentosa al preguntar quién llamaba a una hora tan temprana a través de la puerta.

—La pilló buena anoche —comentó Fedora.

—Y se queja de que es temprano a las dos de la tarde —gruñó él —. Abre, Chad, somos amigos.

—Traemos pasta —añadió la joven.

La puerta se abrió unos centímetros. Dos ojos, enrojecidos y legñosos, escrutaron las caras de los visitantes.

—No tengo ganas de hablar —dijo Owens.

Fedora le enseñó dos billetes de diez dólares.

—Esto le suavizará la garganta —sonrió.

La puerta se abrió un poco más. Dowe arrugó la nariz al percibir el tufo a alcohol que se desprendía del dueño de la casa.

—Chad, no parece que nades en la abundancia —comentó.

Owens se frotó el mentón, cubierto por una barba de tres o cuatro días.

—La vida está muy mal, hoy día —se defendió—. Pero ¿quiénes son ustedes y qué quieren?

—Eso no importa en absoluto —contestó Dowe—. Chad, queremos hablar contigo sobre algo que sucedió hace años en cierta penitenciaría. Tú estabas allí.

—Sí, pero ya no tengo nada pendiente.

—Todo depende de tus ganas de hablar.

—No entiendo.

—¿Quién dijo que Borelli debía morir?

Owens palideció.

—Yo no fui —dijo.

—Por ahora no te acusaremos. Sólo queremos que nos digas quién lo ordenó.

Hubo un momento de silencio. Luego, Owens desvió la cabeza a

un lado.

—Faradee —dijo a media voz.

—¿Cómo sucedió?

—Fue a visitar a... a un amigo. Ese amigo me transmitió la orden.

—Y tú obedeciste.

Owens se encogió de hombros.

—Dijeron que me sacarían pronto y que me darían; además, cinco mil dólares. Tuve que cumplir toda la condena y no me dieron más que doscientos pavos. Cuando protesté, me dijeron que lo mejor que podía hacer era cerrar el pico.

—Pero lo has abierto.

—Ahora.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir? —se extrañó Fedora.

—Nadie me ha preguntado nada hasta hoy —explicó Owens.

—No lo entiendo —dijo Dowe—. ¿Es que no tienes miedo a las posibles represalias de Gerson?

—Anteayer, sí, sí hubiera tenido miedo. Desde ayer no les temo en absoluto.

Era una actitud desconcertante. Un tipo como Owens debería haberse cerrado en banda y negarlo todo, pensó el joven. Pero no sólo no era así, sino que admitía, incluso, haber matado a Borelli.

—Falta una cosa —dijo—. ¿Quién te transmitió el mensaje de Faradee?

—Eddie Schutz, *el Cuchillo*. Ése está todavía preso, aunque le falta ya poco para salir. Pero no podía comprometerse con un asesinato, porque su condena se habría agravado considerablemente. Por tanto, me ordenaron a mí que lo hiciera por si descubrían, al autor del hecho.

—Y obedeció —dijo Fedora con repugnancia.

Owens se encogió de hombros.

—Son cosas que pasan en la vida —contestó—. Además, no le tenía ninguna simpatía a Borelli. Hizo «apiolar» a mi hermano.

—Chad, ¿serías capaz de repetir lo que has dicho ante testigos? —preguntó Dowe.

—¿Por qué no?

—Me ocuparé de que vengan a verte. A propósito, ¿te dijo Schutz por qué era preciso liquidar a Borelli?

—No, sólo dijo que él se encargaría de organizar el alboroto en el patio. Lo hizo cuando ya tuvo el cuchillo, y entonces me lo dio. Y yo pinché, eso es todo.

De pronto, Owens hizo una mueca. Corrió hacia una mesita, abrió una caja, sacó una píldora y la ingirió con la ayuda de unos sorbos de agua, de un vaso que había al lado.

—Anteayer estuve viendo a un médico —dijo, mientras se secaba las gotas de sudor que habían aparecido en su frente—. Me dio dos meses de vida.

Fedora lanzó un gritito. Dowe apretó los labios.

—Lo siento —dijo.

—Dese prisa —aconsejó Owens, a la vez que hacía una mueca, en nada parecida a una sonrisa—. Envíe pronto a alguien que me tome declaración.

—No tardará en venir un agente para llevarte a la Jefatura —aseguró el joven.

Después de haber hablado unos minutos por teléfono, en una cabina próxima, Dowe se sentó de nuevo en el coche, donde ya le aguardaba la muchacha.

—Hay algo que no acabo de entender —dijo.

Fedora le dio un cigarrillo encendido.

—¿De qué se trata, Alec? —preguntó.

—Borelli. ¿Por qué tuvieron que matarle?

—Es bien sencillo. Gerson quería ocupar su puesto. A fin de cuentas, la condena de Borelli no era muy grande.

—No, eso no es todo. Recuerda que le provocaron un incidente, del que no podía salir bien parado. Por eso fue a parar a la cárcel.

—Sí, pero...

—Tal vez confiaban en ablandarlo.

—¿Cómo, Alec?

—Borelli no había estado jamás preso. Quiero decir que si bien es cierto que visitó la Jefatura más de una vez, y en dos ocasiones estuvo retenido veinticuatro horas, jamás había estado en un presidio.

—Bueno —dijo Fedora—, pero Borelli no era de la clase de persona que se arruga sólo porque tenga que pasarse dos años en la cárcel.

—Indudablemente, no; pero ese tiempo debía ser suficiente para

que Gerson se hiciese con las riendas de todo. Y aún hay más.

—¿Sí, Alec?

—Tenemos los medallones. La clave oculta algo, esto es indudable. Yo diría que se trata de una gran cantidad de dinero.

—¿Dinero?

—Sí, el producto de muchos años de rapiñas y extorsiones y de los beneficios de negocios ilegales. Quizá Borelli había pensado en marcharse al extranjero y llevarse algo así como un millón en billetes. Los escondió en algún sitio, pero temiendo que alguien le quitase ese dinero, escribió el nombre del lugar donde lo había escondido, o bien una indicación topográfica del mismo, ocultándolo bajo una clave ideada exclusivamente por él. La clave, dividida en siete trozos, fue a parar a siete medallones regalados a siete guapas chicas.

—Es probable que tengas razón, Alec —exclamó Fedora, entusiasmada.

—No olvides que Gerson te ofrecía cien mil dólares por los medallones. Si no recuerdo mal, tú misma dijiste que no iba a ofrecer cien por algo que valía doscientos.

—Es verdad. Un millón de dólares...

—O dos. Tiempo tuvo de sobra para ir reuniendo esa enorme suma y esconderla luego en algún sitio que sólo él conocía.

—Pero tu razonamiento tiene un fallo, Alec —dijo Fedora, de pronto.

—¿Cuál es el fallo?

—Si Borelli escondió ese dinero, ¿para qué idear toda esa trama tan complicada? Es de suponer que fuese hombre de memoria más que mediana; por tanto, no necesitaba recurrir a tales procedimientos para recordar el sitio donde había guardado el botín.

—Cierto, es un argumento muy lógico, aunque olvidas una cosa esencial, Fedora.

—Dime, Alec.

—Borelli tenía una hija. Tal vez presintió que las cosas podían rodarle mal. No olvides que cuando os entregó los medallones, tenía el juicio pendiente por agresión y lesiones, y sabía que era muy posible que fuese a parar a la cárcel.

—Entonces, ¿lo sabía Steffie?

—En aquellos momentos, tal vez no; pero ¿podemos decir lo mismo de los meses que siguieron? También pudo enviar la carta a Steffie con alguien de su confianza o dejársela por medio de un Banco. Hay muchas posibilidades para este enigma, Fedora.

—En resumen, sólo sabemos que la clave oculta algo de muchísimo valor.

Dowe hizo girar la llave de contacto.

—Procura descifrarla —indicó—. Yo haré lo mismo en mi casa. Mañana cotejaremos los resultados.

—Está bien —contestó la joven.

Inesperadamente, Fedora recibió una llamada telefónica.

—Soy Pete. ¿Puedo hablar contigo?

—Empieza ya.

—Por teléfono, no. Ove, ve al Pelicano Azul. A las doce está poco menos que desierto. Es un lugar discreto. Está en Burrows, trescientos dos.

—O.K., Pete.

Fedora se vistió rápidamente, poniéndose un traje lo más discreto posible. Dijo a su tía que iba a visitar a mía amiga, subió al coche y arrancó en el acto.

Pete fue puntual. Fedora había elegido un rincón apartado. Tal como había dicho el sujeto, apenas había gente.

—Hola —sonrió ella.

MacNatt se sentó a su lado. Una camarera trajo dos vasos altos.

—Me largo de Dalymore —anunció MacNatt.

—Vaya, sí que te lo has tomado en serio —se asombró ella.

—Fedora, he podido darme cuenta de una cosa. Quizá te eches a reír.

—¿Por qué? Hombre, Pete, si vas a pedirme en matrimonio, tendré que decirte que he de pensarlo; pero no me reiré, ni muchísimo menos.

El Colita meneó la cabeza.

—Soy hombre sensato y sé que tú no puedes ser para mí, aunque me gustas muchísimo. Pero ya estoy hart.

—Harto, ¿de qué, Pete?

—Fedora, no soy un santo, pero ya estoy cansado de esta vida. He ido siempre con Buck, detrás de él, cubriéndole las espaldas... Yo estaba con Buck cuando éste apioló a Kiddy Logan. Hemos

apaleado a comerciantes honrados, hemos... Bueno, si empezase a hablar no terminaría en un año. Las cosas van bien por ahora, de modo que no me marchó por temor a que me peguen un tiro, Pero tarde o temprano, los tipos como yo acaban con el pellejo acribillado.

—Oh, Pete, no acabo de creerme lo que dices.

—He estado pensando mucho. Hace años tuve una novia, más o menos como tú. Ella me aconsejaba trabajar, ser constante..., pero me metí en estos jaleos, toqué dinero fácil y... Al fin, ella se cansó, me dejó, se casó con otro y ahora es una mujer feliz, con su esposo y sus chicos. Yo podría ser ese esposo, ¿comprendes?

Fedora tenía los ojos húmedos.

—Pete, no sé qué decirte.

—No digas nada —atajó MacNatt. De pronto, puso un sobre en manos de la muchacha—. Aquí tienes —dijo—. He escrito muchas cosas interesantes. La policía podrá investigar sobre mi jefe. Es un mal bicho... y Faradee, su secretario, todavía peor que él.

—Gracias, Pete. ¿Puedo saber, al menos, adonde piensas ir?

MacNatt meneó la cabeza.

—No. Ya no volveremos a vernos más —dijo, a la vez que se ponía en pie.

Dio un par de pasos, pero de pronto volvió junto a la mesa.

—Fedora, eres una chica fantástica —exclamó—. No sabes cuánto he podido reírme con las cosas que decías. Nunca te olvidaré, créeme.

MacNatt desapareció por la puerta. De pronto, Fedora se dio cuenta de que tenía los ojos húmedos.

«Mira que llorar por un pistolero...», se reprochó indignadamente a sí misma por aquella debilidad.

Pero luego comprendió que, gracias a ella, MacNatt había comprendido cuál era el verdadero camino que debía seguir.

Todavía tenía el sobre en las manos. De pronto, abrió el bolso y lo guardó en su interior. Se puso en pie y encaminó sus pasos hacia la salida.

CAPÍTULO X

Fedora abrió la portezuela del coche, se sentó tras el volante y dejó el bolso a su derecha. Hizo arrancar el motor y se separó de la acera.

Entonces, oyó una voz a sus espaldas.

—Siga recto y doble la primera a la derecha. Tenga presente que hay una pistola apuntándole a través del respaldo de su asiento, que, ciertamente, no es blindado.

El cuerpo de Fedora sufrió una fuerte sacudida, aunque se dominó de inmediato. Lanzó una mirada hacia el retrovisor. Fue algo que no sirvió de gran cosa.

Detrás de ella había un tipo fornido, vestido discretamente, con el sombrero echado hacia adelante y grandes gafas oscuras. A pesar de que se veía robusto, su descripción podía ser idéntica a la de cientos de hombres.

«Incluso podría ser Alec», pensó.

Entró por la calle que le habían indicado. Al final se veía un extenso parque público. De pronto, el hombre dijo:

—Pare frente al parque y no se mueva.

—Está bien.

Fedora obedeció. El coche se detuvo. Una mano pasó por el asiento delantero, abrió el bolso y se apoderó del sobre.

—Muchas gracias, señorita —dijo el sujeto, a la vez que se apeaba.

Al mismo tiempo, llegaba otro roche. El ladrón se metió dentro. Fedora se sintió tentada de seguirles, pero tuvo miedo.

Aquel hombre la había respetado, pero no tenía la seguridad de que no empezase a tiros con ella, si se daba cuenta de que era seguido.

Desalentada, emprendió el camino de regreso. Poco después, llamaba a la puerta de la casa de Dowe.

Los ojos del joven la contemplaron con expresión un tanto burlona.

—Pareces una gallina mojada —comentó.

—No te burles de mí —dijo ella—. Tenía la clave del asunto en la mano y me la han robado.

—¿Cómo?

—Me llamó Pete MacNatt, citándome en El Pelicano Azul.

—¡Vaya! —Respingó Dowe.

—¿Qué pasa? ¿Te extraña?

—Bueno, bien mirado, no, no me extraña.

—Alec Dowe, a ver si vas a decir ahora que yo soy una chica tan fea, que ni citas puede recibir por teléfono.

—Oh, sí, cientos, miles de citas, pero no en aquel bar.

—No lo entiendo.

—¿Había mujeres cuando llegaste?

—No, sólo un camarero y el barman.

—Claro, las clientes habituales están durmiendo. El Pelicano Azul es una especie de mercado de esclavas, sólo que no hay capitán de piratas que las venda, sino que se... autovenden.

—Bueno, pero yo no podía saberlo. A mí me pareció un lugar perfectamente respetable.

—A las doce, sí, pero no a partir de las cinco de la tarde.

Fedora se puso furiosa.

—Pero, bueno, ¿qué te interesa a ti más: mi reputación o lo que me ha pasado allí? De mi reputación sé cuidar solita, ¿entiendes?

—Está bien, está bien, no te sulfures; yo sólo quería darte una ligera idea.

—¡Basta ya! MacNatt me Mamó, fui allí y me entregó un sobre, que, según él, contenía muchos datos comprometedores sobre su jefe. MacNatt tenía motivos para conocer lugares, fechas y nombres, ¿entiendes?

—¿Dónde está el sobre? —preguntó él, rápidamente.

—No lo tengo, Alec.

—Pero ¿no me has dicho...?

—Sí, Pete me lo dio. Lo que pasa es que me lo quitaron antes de diez minutos.

Dowe miró el bolso de la muchacha.

—No ha habido tirón —observó.

—No, pero dentro de mi coche había una pistola. Y el tipo que la sostenía amenazó con matarme.

—¿En medio de la calle Veintinueve?

—¡Estúpido! Tenía la pistola escondida. Dijo que me apuntaba a través del asiento. ¿Qué querías que hiciera yo? —exclamó Fedora, muy irritada.

—Dime lo que hiciste, por favor —pidió él.

—Bueno, el tipo me ordenó conducir el coche hasta el Woomington Park. Antes de llegar, ya me había quitado el sobre. Llegamos, se apeó, subió a otro coche que, sin duda, nos seguía desde el primer momento, y desapareció de mi vista.

—¿Pudiste ver la matrícula?

—No, Alec.

—¿Estaba muy lejos el otro coche?

—No, pero no podía ver nada.

—Tienes unos ojos preciosos —dijo él.

—Pero estaba llorando de rabia y las lágrimas apenas me impedían verme la punta de la nariz. ¡Oh, una vez que consigo algo importante... y me lo dejo quitar como una tonta!

Dowe atrajo a la muchacha hacia sí y palmeó tiernamente sus espaldas.

—Bueno, bueno, no te preocupes —dijo—. Ten confianza, todo se arreglará. Encontraremos el coche y... Por cierto, ¿dónde está MacNatt? Podríamos hacerle repetir lo que había escrito.

—Dijo que se marcharía inmediatamente de la ciudad, Alec.

Dowe soltó a la muchacha y se fue hacia el teléfono.

—Ahora mismo llamaré.

—¡No, Alec! —gritó ella.

Dowe, sorprendido, se volvió.

—Pero, Fedora, necesitamos esos papeles.

—MacNatt ya no quería volver a casa de Gerson Si le obligamos a regresar, Gerson lo matará.

—Caramba, te interesas demasiado por ese reptil.

—Alec, Pete es mejor de lo que te crees. El hizo algo bueno por propia voluntad. Si luego me han quitado el sobre, no es cosa suya.

—A ese MacNatt le ha salido una buena defensora —refunfuñó Dowe.

—Me dijo que iba a abandonar esta clase de vida. Era sincero,

créeme. A fin de cuentas, a los policías también les interesa la regeneración de los delincuentes, ¿verdad?

—Sí, claro, pero es que un tipo como el Colita...

—Todo lo hacía Buck. El no era más que su acompañante.

Dowe entornó los ojos.

—Fedora, ¿qué te pasa? —preguntó.

Ella suspiró hondamente.

—Creo que Pete se había enamorado de mí, pero ha sido lo suficientemente honrado para reconocer que no podía abrigar ninguna esperanza —contestó.

—Bueno, pero un día quiso...

—Claro, es lo que hacen todos los hombres si se les presenta la ocasión. Pero ¿qué pasa cuando la chica les hace rectificar, primero, y reflexionar después?

Dowe se echó a reír.

—Filósofa estás —comentó—. Bien, dejemos que el Colita se vaya de la población. A fin de cuentas, un maleante menos...

—Y una preocupación más para Gerson, porque en cuanto vea que Pete falta, empezará a ponerse nervioso.

—De eso no me cabe la menor duda. Fedora, tengo que confesarte algo —dijo él.

—¿Interesante?

—Decepcionante. No he conseguido descifrar la clave.

Dowe estaba sentado en su butaca, con los pies sobre la mesa y un periódico cubriéndole la cara. Fedora se hallaba tumbada en el diván, de tal modo que sus pies reposaban sobre uno de los brazos del mueble. En la mano izquierda tenía un cigarrillo, que se consumía solo.

De repente, Fedora lanzó un agudo grito:

—¡Eureka!

Dowe, sobresaltado, quiso quitar los pies, pero lo hizo mal, y cayó al suelo. Un gruñido de dolor se escapó de sus labios.

—Fedora, por todos los santos, me has dado un susto terrible —se quejó.

Ella sonrió. Estaba de pie, descalza sobre la alfombra, y le miraba sonriente.

—Creo que tengo la solución, Alec.

—¿Has encontrado la clave?

—No, pero quiero que reflexiones en un detalle que se te ha pasado por alto. A todos, desde luego.

—Bien, habla.

—¿Quién fue el que robó el primer medallón, el de Hope Willoughby?

—Kiddy Logan. Pero...

—Logan robó el medallón y lo asesinaron. ¿Se te ha ocurrido siquiera preguntarte adónde iba cuando el Matador le llenó el cuerpo de plomo?

Dowe frunció el ceño.

—Que yo sepa, no se ha hecho nada en ese sentido —dijo.

Fedora consultó su reloj.

—Son las tres de la tarde —manifestó—. Tenemos todavía cuatro horas de luz. ¿Por qué no nos damos una vueltecita por el punto donde «apiolaron» a Logan?

—No es mala idea —aprobó Dowe.

—¿Cómo que no es...? ¡Es buenísima!

El automóvil, conducido por la muchacha, rodaba lentamente por el camino flanqueado de árboles. El suelo, aunque en buenas condiciones, era de tierra. La pendiente era escasa, pero constante, lo que hacía que el camino describiese numerosas curvas, para salvar los distintos niveles.

—Aquí —dijo él, de pronto.

Fedora paró el coche. Dowe se apeó y miró a su alrededor.

—Árboles y matorrales, pero nada más —dijo.

—¿Estás seguro de que fue en este lugar donde mataron a Buck?

—Sí. Lo he consultado antes de salir de casa.

—No he oído nada.

—Estabas en el baño, peinándote.

—Ah, comprendo. ¿Dónde está el coche de Logan?

—Se lo llevaron al *parking* municipal. Allí lo examinaron, tomaron huellas buscaron rastros... y allí sigue, en espera de que alguien, con derecho a ello lo reclame.

—No se ven rastros de un árbol derribado para detener el coche, Alec.

—Sembraron el suelo de clavos. Los policías que vinieron a investigar se pasaron un buen rato limpiando el camino.

—Ya entiendo. Bueno, estamos aquí y no se ve nada. ¿Qué hay más arriba?

—No lo sé, es la primera vez que vengo por estos parajes.

Dowe estaba mirando al punto más alto del camino, que pasaba por la pequeña vaguada situada entre dos colinas de escasa elevación. El lugar era abundante en árboles y arbustos de todas clases.

—Entonces, será mejor que vayamos a ver —propuso Fedora.

Volvieron al coche. Unos minutos más tarde se detenían en la parte alta del camino. Al otro lado se divisaba un vallecillo, en cuyo centro, apenas visible por los árboles, había una casa.

No había señales de que el camino continuase, más adelante. Al ver la casa, Dowe dio una orden:

—Atrás, Fedora.

Ella hizo retroceder al coche unos cuantos metros. Dowe saltó al suelo nuevamente, y armado de unos prismáticos, corrió hacia arriba.

Fedora le siguió. Dowe se había situado detrás de un arbusto. La casa se hallaba a unos mil quinientos metros de distancia. Los árboles impedían ver la mayoría de detalles.

—Parece una residencia de lujo —observó él—. Pero no tengo idea de quién pueda ser.

—En Dalymore podrás averiguarlo, ¿no?

—Eso creo.

—Alec, Logan iba a esa casa, seguro. Murió a un kilómetro de este lugar, la casa está a mil quinientos metros y el camino termina allí. Si nos enteramos del nombre del dueño, habremos adelantado mucho, me parece.

—Tienes razón —convino él—. Lo mejor será que nos volvamos. Momentos después, emprendían el regreso.

—Alec, esa casa, ¿será de Gerson? —dijo ella.

—A Gerson le faltaba el primer medallón, lo cual quiere decir que no es él la persona que ordenó el asesinato de Logan.

—Y eso significa también que hay dos potencias en conflicto, por la posesión del tesoro de Borelli.

—Exactamente.

Volvieron a la ciudad y se separaron. Dowe se quedó en la puerta de su casa. Desde allí, dijo, haría las gestiones precisas para

conocer el nombre del propietario de la casa del valle.

Fedora siguió su camino. Al llegar a su casa, la señora Brownell dijo:

—Querida, tienes una carta.

—Gracias, tía. ¿Dónde está?

—Ahí, en la mesita del recibidor... Por cierto, la han traído a mano.

—¿A mano? —se extrañó la muchacha.

—Sí, un señor muy simpático y amable. Dejó la carta y se marchó...

Fedora se acercó a la mesita y tomó la carta. Con ojos llenos de pasmo, reconoció el sobre que Pete MacNatt le había entregado aquel mismo día, antes de las doce.

CAPÍTULO XI

Por la mañana, a las nueve, Fedora recibió una llamada telefónica.

Era Dowe.

—Tengo una noticia para ti —dijo el joven.

—Muy bien, habla.

—Luego, cuando nos veamos. ¿Tardarás mucho en estar lista?

—Una media hora. Acabo de sentarme a la mesa para desayunar.

—¡Madrugadora! —rió él—. Pero no te retrases. Dentro de media hora, me tendrás en la puerta de la calle. Haremos una excursión por el campo. Hace un día estupendo.

—Muy bien, Alec.

Fedora terminó el desayuno y se vistió rápidamente. Agarró el bolso, dio un beso a su tía y salió corriendo a la calle.

Cuando llegaba a su coche, un hombre le cerró el paso.

—Señorita Mitchell...

Ella miró fijamente al individuo.

—¿Qué tal, señor Faradee?

—Tengo mi automóvil ahí, esperándonos.

Fedora hizo una profunda inspiración.

—Supongo que no tengo otro remedio que seguirle —dijo.

—Es lo mejor —contestó Faradee, con cara de palo.

—Muy bien, vamos.

Entraron en el coche. Fedora se dio cuenta de que había dos tipos en el asiento delantero. Los dos le resultaron completamente desconocidos, aunque de sobra se imaginaba su cometido.

Veinte minutos más tarde, Fedora se encontraba frente a Gerson.

—Hola —dijo el *gángster*—. Volvemos a vernos, señorita.

—Con gran desagrado por mi parte —contestó Fedora, sin inmutarse.

—No lo puedo remediar, pero tampoco lo lamento, Por favor, ¿quiere darme su bolso?

—Claro.

Gerson abrió el bolso. Un sobre pasó a su poder.

—Está cerrado —dijo—. ¿Ha leído su contenido, señorita?

—No.

—Miente —dijo Faradee, a sus espaldas.

Fedora se volvió bruscamente, y le asestó una tremenda bofetada, que lo hizo trastabillar. Faradee perdió la compostura, lanzó una tremenda imprecación y se dispuso a devolver la bofetada. Lila le pegó una patada en la espinilla, después de lo cual, Faradee desistió de sus propósitos vengativos.

—Sus empleados necesitan mejor educación, Stan —dijo ella.

—Lo siento —contestó Gerson—. ¿De verdad, de verdad, no ha leído lo que hay dentro del sobre?

—Y usted, ¿cómo sabía que lo tenía yo?

Gerson sonrió de una forma particular.

—Venga —dijo.

Fedora siguió al individuo. Gerson abrió una puerta y se apartó a un lado.

Un grito de horror brotó en el acto de los labios de la muchacha. En el fondo de aquella habitación, MacNatt, con los ojos cerrados y la cara tumefacta, estaba sentado en una silla, a la cual había sido atado por los brazos y las piernas.

—¡Salvajes! —gritó Fedora.

—Señorita, en mi organización no admito traidores —dijo Gerson, fríamente.

Fedora giró sobre sus talones y propinó la segunda bofetada de aquella mañana. Luego, sin aguardar la reacción de Gerson, se acercó a MacNatt.

—Pobre Pete —dijo con dulzura—. Lo siento, lo siento terriblemente.

—Fedora, yo no quería, pero ellos me han torturado. Me ha sido imposible resistir.

Había lágrimas en los ojos de la muchacha.

—Pobrecito mío —dijo.

—Fedora, yo... soy hombre muerto... —jadeó MacNatt—. Vete... antes de que sea demasiado tarde.

—Temo que la señorita no va a poder seguir tu consejo, Pete —dijo Gerson desde la entrada—. A decir verdad, no creo en lo que ha dicho. Usted ha leído el contenido del sobre.

Fedora se volvió hacia él y le miró con ojos llameantes.

—Ése es un asunto que no tengo sanas de discutir —manifestó—. ¿Qué va a hacer conmigo? ¿Enterrarme en su jardín?

—La verdad, no sería mala idea. Pero tengo otros planes. Venga, por favor.

—Antes, suelte a este pobre hombre.

—¡Venga!

Fedora apretó los labios.

—Volveré, Pete —prometió.

Volvieron al salón. Gerson sirvió dos copas y entregó una a la muchacha. Sentado en una silla próxima, Faradee se daba fricciones en la pierna.

—Le propongo un trato, señorita Mitchell —dijo Gerson.

—Dinero.

—Sí.

—Un millón de dólares.

—¿Qué? ¿Está loca?

—Lo estaría si aceptase menos.

—Oiga, hablemos en serio.

—Claro, no vamos a ponernos a cantar canciones de taberna.

—¡Escúcheme! —gritó Gerson, descompuesto.

—Pero si ya le escucho, hombre.

—Sin embargo, no me atiende.

—Oiga, ¿quién puede atenderle a usted? —rió Fedora, desenvueltamente.

—Mire, señorita...

—¿Adónde? —rugió Gerson.

—¡A mí!

—¿Y por qué he de mirarle? Es usted feísimo.

Gerson se acercó a ella, con ojos que despedían lumbre.

—Estoy hartó —dijo.

—Eso significa que ha desayunado bien. Acabará coa úlcera de estómago.

—Deje mi estómago en paz.

—Usted es el que lo ha mencionado.

—Yo no he dicho nada.

—Ha dicho que estaba harto. Cuando uno está harto, es que se ha atiborrado de comida.

—Pero ¿quién diablos habla aquí de comida? —aulló Gerson, al borde de la exasperación.

—Yo, Stan.

—Pero no ha venido aquí para hablar de comida.

—Claro, pero usted ha empezado a decir que estaba harto. La verdad, traerme aquí para decir que tiene un, buen apetito, no tiene la menor gracia. También podría haberlo dicho por teléfono, ¿verdad?

Gerson miró de reojo a la joven.

—Vamos a acabar de una vez con este jaleo —dijo.

—Sí, acabemos. ¿Por dónde empezamos?

—Empezar ¿qué, señorita?

—No sé, usted sabrá. Pero cuando se acaba una cosa, siempre se empieza otra.

—Estábamos hablando de un millón de dólares... ¡No, no le voy a dar esa suma! —vociferó Gerson.

—Entonces, ¿dos millones?

Gerson lanzó una mirada atravesada a la muchacha.

—Empiezo a hartarme... ¡A cansarme! —rectificó, acordándose de las frases cruzadas unos momentos antes.

Fedora dio unos pasos en sentido lateral y tomó una silla.

—Venga, Stan, siéntese —dijo.

Gerson avanzó un par de pasos. De pronto, ella ladeó la cabeza.

—Me parece que a Pete le pasa algo —dijo.

—Ely, ve a ver —gruñó Gerson.

Faradee se puso en pie. Todavía cojeando, cruzó la estancia y abrió la puerta de la otra habitación.

En el mismo instante, Fedora se lanzó al ataque.

Gerson lanzó un gruñido cuando una de las patas de la silla se hundió en su estómago. Retrocedió, trastabilló y chocó contra su mesa. Fedora golpeó de nuevo.

Faradee acudía a la carrera. Fedora lanzó la silla al suelo y el individuo tropezó y cayó aparatosamente.

Gerson intentó arrojarle sobre ella. Fedora le tiró a la cara el contenido de su copa, que no había probado siquiera. Gerson aulló

al sentir en los ojos el escozor del alcohol.

Blasfemando como un poseso, Faradee intentaba ponerse en pie. Fedora estiró las dos manos y empujó a Gerson con todas sus fuerzas. Las piernas de Gerson tropezaron con Faradee, todavía a gatas, y los dos hombres rodaron por el suelo, en medio de un tremendo estrépito de imprecaciones y juramentos.

Fedora agarró el bolso y echó a correr.

Abrió la puerta. Los dos pistoleros la miraron con asombro.

—¡Entren! —gritó—. ¡Al jefe le ha dado un ataque!

Los pistoleros se precipitaron en el despacho. Fedora salió, cerró con llave y buscó la salida.

Dowe la aguardaba en la puerta.

—¡Bravo, has estado magnífica! —elogió.

Fedora le dirigió una mirada de reproche.

—¿Por qué no has entrado antes? —preguntó.

Dowe tiró de su mano y corrió hacia el coche.

—Me he reído como un loco —dijo, casi gritando—. Pero el que se ha vuelto loco es Gerson.

—Han torturado a Pete —dijo ella.

—Lo sé, pero no te preocupes. Ahora arreglaremos ese asunto.

Instantes después, Dowe hacía arrancar el coche. Usó la radio y llamó a su jefe. Brownell le prometió enviar agentes inmediatamente.

—¿Lo ves? —Dowe sonrió, mientras colgaba de nuevo el micrófono—. Todo arreglado.

—Gerson es un salvaje... Merecería la horca —dijo Fedora, rabiosa.

—Ya se encargarán de él, no te preocupes. Fedora, lo repito, has estado magní...

—Eso ya lo has dicho Pero yo tenía un miedo horrible. Hablaba y hablaba, esperando que intervinieses cuanto antes... y tú te divertías como un tonto.

—Bueno, es que era una conversación chistosísima —rió Dowe—. Y no parecías correr peligro inmediato.

—Pero yo pasaba mucho miedo. He visto al pobre Pete. Ellos no pueden permitir que yo divulgue lo que le han hecho.

—Repito que no debes preocuparte. Gerson es el que sí estará muy preocupado. A propósito, le diste un sobre.

—¿Se lo di o me lo quitó? —preguntó ella, hiriente.

—Lo mismo da. ¿Qué había en ese sobre?

—Era el que me dio Pete ayer y luego me quitaron.

Dowe saltó en su asiento.

—¡Estás loca! ¿Cómo has podido cometer la imprudencia...?

Fedora se retrepó en el asiento y volvió la cabeza hacia el conductor.

—Alec, puede que esté loca, pero no soy tonta —dijo, sonriendo.

—No te entiendo en absoluto, Fedora.

—Pues está bien claro, Alec. He dicho que puede que esté loca.

—¡Y lo estás!

—Pero no soy tonta. ¿Lo entiendes ahora?

—No.

Fedora elevó sus ojos al cielo.

—Y este hombre es teniente de policía —clamó.

—Fedora, hablábamos de un sobre —le recordó él.

—Sí, el que una persona «honrada» dejó en casa de mi tía. Pero no tengo la menor idea de quién pudo ser el mensajero.

—Como sea, ese sobre está ahora en poder de Gerson. Y lo habrá quemado, seguro.

—Oh, eso no importa, Alec.

—¿Quieres decir por qué no ha de importar que Gerson haya quemado el sobre? —preguntó Dowe, con exquisita cortesía.

—Es muy sencillo: hice fotocopias de todos los papeles que contenía.

Dowe guardó silencio unos minutos.

—Chica lista —dijo, pasado un buen rato.

—Celebro que cambies de opinión —sonrió ella—. Por cierto, ¿adónde vamos?

—A visitar a una de las Siete Lunas —contestó él.

Fedora se puso seria. Un poco más adelante se dio cuenta de que no se dirigían a ninguna de las casas donde vivían sus antiguas condiscípulas.

Veinte minutos más tarde, empezó a comprender la verdad.

El automóvil remontó el paso, y emprendió el descenso hacia el valle. Poco después, se detenía ante la casa.

Un perro ladró en las inmediaciones. Dos hombres salieron por la puerta, esgrimiendo sendas pistolas.

De pronto, se oyó una voz femenina:

—Guarden las armas, muchachos.

Una hermosa joven, de mediana estatura y pelo negro, apareció en la puerta.

—Hola, Fedora —saludó.

—¿Cómo estás, Steffie Borelli? —contestó la interpelada.

CAPÍTULO XII

En el salón de la casa, Steffie llenó dos copas y las ofreció a sus visitantes.

—¿Cómo llegó a la conclusión de que yo estaba aquí, señor Dowe? —preguntó.

—Es bien sencillo. Averigüé que la casa había pertenecido a su padre. Kiddy Logan venía hacia aquí, presumiblemente, para entregarle el medallón de Hope. El resto no fue difícil.

—Steffie, Hope murió por tu culpa —acusó Fedora.

—Lo siento. No quería emplear la violencia. Dije a Logan que se limitase a narcotizarla. Por lo visto, Hope padecía del corazón, y ni ella misma lo sabía...

—Te acusarán del crimen.

Steffie se encogió de hombros.

—Nos vamos muy pronto —dijo.

—Supongo que esos tipos son antiguos pistoleros de su padre —intervino Dowe.

—Sí, amigos fieles de un hombre que murió villanamente asesinado.

—¡Tu padre hizo matar a muchas personas, Steffie! —Protestó Fedora—. Por tanto, no recibió otra cosa que su merecido.

—Era mi padre.

Dowe extendió las manos.

—Dejen de pelearse, chicas —aconsejó—. Hablemos mejor de sus proyectos. Y de algunas cosas que no entiendo.

—¿Por ejemplo...?

—Los medallones. Sólo se preocupó de buscar dos. ¿Por qué?

—El hombre que ideó la clave no se acordaba por completo de su contenido. Dijo que necesitaba, por lo menos, uno o dos medallones.

—Y has descifrado la clave —dijo Fedora.

—Sí.

—También has dicho que no querías violencia, pero Jo Ann Linton murió a balazos.

—Y yo tuve que enfrentarme con el hombre que registraba su casa —añadió Dowe.

—Lo siento. Tuve que hacerlo —contestó Steffie, fríamente.

—Eres como tu padre. Has heredado sus instintos sanguinarios.

—¡Calla! —Gritó la dueña de la casa—. Aparte de lo del medallón, yo tenía una cuenta pendiente con Jo Ann Me quitó al hombre que iba a ser mi esposo.

—No perdiste nada. Lindsay resultó ser un estafador, que acabó pegándose un tiro.

—¡No me importa! Yo le amaba...

—Bien, dejemos esto —terció Dowe—. Usted odiaba a Jo Ann Linton. ¿Qué me dice de otras cosas que han sucedido?

—Gerson envió a mi padre a presidio, y lo hizo asesinar allí. Tenía que vengarme de él.

—Pero al mismo tiempo, aprovechándose del contenido del mensaje en clave.

—¿Por qué no? Soy la heredera de mi padre.

—Debe de haber un millón de dólares por alguna parte. ¿Se imagina cómo ganó su padre ese dinero?

Steffie se encogió de hombros.

—No me importa. En cuanto lo tenga, abandonare el país —respondió.

—¿Cree que se lo permitirán?

Steffie sonrió desdeñosamente.

—Se pueden conseguir muchas cosas con un millón —respondió.

—Pero todavía no lo tienes —exclamó Fedora.

Steffie pareció sobresaltarse ligeramente.

—No tardaré mucho en tenerlo —contestó.

Fedora meneó la cabeza.

—Steffie, se te pueden perdonar muchas cosas, incluso el que, como hija, quisieras vengar a tu padre. Pero jamás te perdonaré el asesinato de la pobre Jo Ann.

—Eso me deja fría. Tu perdón no me importa en absoluto.

—Steffie, tampoco nosotros perdonamos —dijo Dowe.

—Están en mi poder. No pueden hacer nada. Antes de un cuarto

de hora, tendré el dinero y me marcharé. Y Gerson se quedará con dos palmos de narices, y en la puerta de la cárcel para el resto de sus días. Fedora, ¿por qué crees que te devolví el sobre?

—Has leído su contenido, ¿eh?

—Sí.

—Pensé que te gustaría matar a Gerson.

—Disfrutaré más sabiendo que lo han condenado a cadena perpetua —sonrió Steffie.

Dowe alzó de pronto una mano.

—Steffie...

—Dígame, Alec.

—Me gustaría saber una cosa. ¿Cómo llegó usted a saber que los medallones de plata contenían un mensaje dividido en siete partes?

—Es bien sencillo. Cuando mi padre estaba todavía vivo, yo fui a visitarlo al penal. Eso sucedió una semana antes de su muerte. Entonces me dijo que si un día me veía en apuros, abriese el medallón.

—Desde entonces han pasado seis años, Steffie —dijo Fedora.

—Es que pensé que se trataría de una pequeña suma de dinero. Pero hubo alguien que me dijo que se trataba de algo enormemente valioso.

—El hombre que inventó la clave —adivinó Dowe.

—Sí, un fiel amigo de mi padre... Ah, aquí está.

Dowe y Fedora volvieron la cabeza. Un hombre menudo, de unos cincuenta años, medio calvo, apareció en la estancia, llevando una especie de cofre de madera, algo mayor que una caja de habanos y de unos treinta centímetros de altura por otro tanto de grueso.

—Les presento a Frankie Zegalli —dijo Steffie.

—¿Cómo están? —Saludó el recién llegado, cortésmente—. Steffie, aquí lo tienes.

—Déjelo ahí, Frank —sonrió la hija de Borelli.

El cofre quedó sobre una mesa.

—De modo que usted ideó la clave... —murmuró Dowe.

—Sí, pero el mensaje podía redactarse de muchas maneras —contestó Zegalli—. Por eso me ha costado tanto encontrar el cofre, aun conociendo la clave.

—Los números representaban letras.

—Sí. El número uno correspondía a la letra R. Y las letras de cada fragmento de mensaje debían ser interpretadas de acuerdo con esta clave, pero teniendo en cuenta que su número debía de corresponder al auténtico del alfabeto.

—Creo que ya lo entiendo. Las letras del mensaje de Fedora eran, en realidad...

—La R correspondía al número uno, esto es, la A. Y la U, número cuatro de la clave, correspondía, por tanto, a la letra D.

—Algo complicadillo, me parece a mí —dijo Fedora.

—Las claves tienen, precisamente, ese objeto —sonrió Zegalli.

Dowe volvió a mirar el cofrecillo.

—Por tanto, ese mensaje indicaba dónde podía encontrarse el tesoro —dijo.

—Sí —confirmó Steffie.

—A mí me parece que ahí no hay un millón de dólares.

—Están en billetes de mil, Alec.

—Reunir mil billetes de mil, despierta siempre muchas sospechas, Steffie, y su padre no era tan tonto como para hacer que la policía recelase de él en este aspecto.

Steffie pareció sentirse alarmada al oír aquellas palabras. Fue hacia el cofrecillo, pero, de súbito, se oyó un furioso tableteo de armas de fuego en el patio.

Un perro ladró agónicamente. Dowe agarró la mano de Fedora y tiró de ella.

Los cristales de una ventana saltaron en pedazos. Zegalli lanzó un chillido horroroso y se desplomó al suelo.

Steffie intentó huir. Una ráfaga de proyectiles la alcanzó en el centro de la espalda, lanzándola contra una pared, desde la que resbaló al suelo.

—¡Jefe! —gritó Buck—. ¡Ya puede entrar! ¡El camino está despejado!

Dowe puso una mano en la boca de Fedora. Los dos estaban al otro lado de un enorme diván, ocultos a la vista de los recién llegados.

Gerson, Faradee y el Matador entraron en el salón. Gerson divisó el cofre y saltó hacia él.

—Listos —exclamó—. Vámonos.

Faradee y Buck corrieron hacia la salida. Gerson se retrasó míos

instantes. Asomándose por un extremo del diván, Dowe vio que forcejeaba con la cerradura del cofrecillo.

Súbitamente, se oyó un grito en el exterior:

—¡Alto! ¡Deténgase ahí, con las manos separadas del cuerpo!

Buck lanzó un rugido y sacó de nuevo su metralleta. Frente a él, un policía disparó su revólver.

Faradee, enloquecido, quiso escapar. Tenía una pistola en Ja mano, pero otro agente de uniforme le cerró el paso a tiros.

En el interior de la casa, Gerson dio media vuelta. Súbitamente, oyó un estampido y creyó que alguien le había dado un latigazo en la pierna. Lanzando un grito de dolor, cayó al suelo.

Dowe abandonó su parapeto. Varios policías de uniforme entraban en la casa. Dowe agitó una mano.

—Han llegado a tiempo —dijo.

Gerson se quejaba, sentado en el suelo. Dowe se arrodilló.

—Tenemos fotocopias de los documentos que redactó Pete MacNatt —dijo—. Además, está la declaración de Chad Owens. ¿Se imagina lo que le va a pasar?

Gerson tenía la cara gris. Vio a Fedora, que salía del diván en aquel momento y lanzó una imprecación.

—Stan, ¿cómo se enteró usted del secreto de los medallones? —preguntó la muchacha.

—Encargué que me grabasen una sortija... El hombre que lo hizo habló de esos medallones, hechos por encargo de Borelli. Yo sospeché lo que podía haber en su interior.

—El dinero acumulado por Borelli al cabo de los años, ¿no?

Gerson hizo un gesto de asentimiento. Dowe movió mía mano.

—Fedora, el cofre —pidió.

Ella se lo entregó.

—Estaba escondido al pie de un árbol —dijo Dowe—. Lo que pasa es que era preciso saber de qué árbol se trataba y no se podía conseguir sin la clave, que lo indicaba con toda exactitud. Aquí hay muchos árboles, Gerson.

Dowe abrió el cofre. Fedora lanzó un grito al ver los numerosos saquitos de tela blanca que había en su interior.

—¡Drogas!

—Sí, un importantísimo envío, que jamás se localizó. Borelli lo había escondido en el parque de su casa, creyendo que saldría muy

pronto de la cárcel.

Dowe entregó el cofre a uno de los agentes y se puso en pie.

—Ha matado por nada, Gerson —dijo—. Esa droga ha estado enterrada más de seis años. El cofre es de madera. La humedad ha descompuesto la droga. Ya no sirve ni siquiera para medicinas.

Gerson oyó aquellas palabras y se desmayó.

Fedora miró un instante a Steffie, cubierta de sangre. En seguida desvió la cabeza.

—Vámonos, Alec —dijo.

—Sí.

Salieron al sol. Los cadáveres de los guardaespaldas y del perro yacían en la explanada.

Dowe y Fedora caminaron juntos.

—A fin de cuentas, mi tío tenía razón —dijo ella, pasados unos minutos.

—Sí, era un asunto de drogas. Lo que había en ese cofrecillo, a precio de mercado, valía dos millones, por lo menos.

—Ahora ya no es nada, Alec.

Dowe abrió la portezuela del coche.

—Tú eres químico —dijo.

—Sí, claro.

—¿Te interesa una muestra, para analizarla y comprobar mis sospechas?

Fedora movió la cabeza.

—Eso es para el departamento de policía —contestó—. Pero tú tienes razón; la droga está descompuesta, después de seis años bajo tierra.

Dowe puso el coche en movimiento.

—Bien, aquí finaliza todo —suspiró.

—¿Sí, Alec?

—Claro. Yo volveré a mi honrado puesto de trabajo y tú te marcharás a ocupar tu puesto en esa fábrica de potingues.

Fedora sonrió maliciosamente.

—Eres policía y no conoces las industrias de Dalymore —dijo.

—¿Qué quieres decir? —exclamó el joven.

—Pero, hombre, ¿es que no has oído hablar nunca de la Brownell Cosmetics, Inc.?

—¡Demonios! La fábrica de...

—Sí, la fábrica de Henry Brownell, hermano de tu jefe. Allí es donde yo voy a trabajar a partir de la semana próxima.

La señal de llamada de la radio se dejó oír en aquel momento. Dowe descolgó el teléfono.

—Teniente, acaban de informarme de que Pete MacNatt está en el hospital. Su estado no es bueno, pero saldrá adelante —dijo alguien.

—Gracias —contestó Dowe.

Colgó el micrófono.

—¿Has oído, Fedora?

—Sí, Alec. Me alegro por Pete. Será un hombre honrado.

—Pero algo le costará. Debe responder de algunas cosillas.

—Nada se consigue sin trabajo —contestó ella, sentenciosamente.

—Eso sí es verdad. De modo que la semana próxima empiezas a trabajar en la Brownell Cosmetics...

—Sí, Alec.

—Lo dudo mucho, Fedora.

—¿Por qué?

Dowe paró el coche y la abrazó repentinamente.

—Querida, la semana próxima estarás en viaje de luna de miel —contestó.

FIN

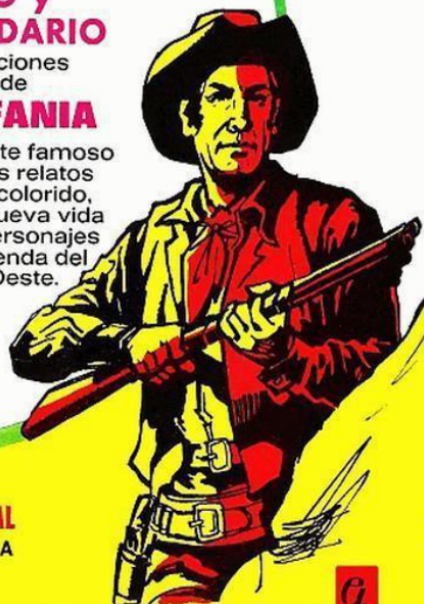
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

